

Alto Paraná

Material digitalizado en el marco del Convenio firmado el 5 de Octubre del 2012, entre la Biblioteca Pública De Las Misiones - Centro del Conocimiento y la Biblioteca Popular Posadas, exclusivamente con fines educativos y de investigación.



Material digitalizado en el marco del Convenio firmado el 5 de Octubre del 2012, entre la Biblioteca Pública De Las Misiones - Centro del Conocimiento y la Biblioteca Popular Posadas, exclusivamente con fines educativos y de investigación.



Material digitalizado en el marco del Convenio firmado el 5 de Octubre del 2012, entre la Biblioteca Pública De Las Misiones - Centro del Conocimiento y la Biblioteca Popular Posadas, exclusivamente con fines educativos y de investigación.



GERMAN DRAS

ALTO

PARANA



EDITORIAL TOR

Material digitalizado en el marco del Convenio firmado el 5 de Octubre del 2012, entre la Biblioteca Pública De Las Misiones - Centro del Conocimiento y la Biblioteca Popular Posadas, exclusivamente con fines educativos y de investigación.



BIBLIOTECA PÚBLICA
De Las Misiones

Material digitalizado en el marco del Convenio firmado el 5 de Octubre del 2012, entre la Biblioteca Pública De Las Misiones - Centro del Conocimiento y la Biblioteca Popular Posadas, exclusivamente con fines educativos y de investigación.



ALTO PARANA



EDITORIAL TOR

Río de Janeiro 760
BUENOS AIRES

ES PROPIEDAD. Queda hecho el depósito que marca la ley.

Material digitalizado en el marco del Convenio firmado el 5 de Octubre del 2012, entre la Biblioteca Pública De Las Misiones - Centro del Conocimiento y la Biblioteca Popular Posadas, exclusivamente con fines educativos y de investigación.



ALTO PARANA

El monte, visto desde arriba, era una cubierta verde ceniza que se extendía hasta penetrar en el azul brumoso del cielo; era una coraza donde la vista y el pensamiento resbalaban e iban a perderse en la nada. El cerro del Teyucuaré, cortado a pico sobre el río Paraná, parecía elevarse para escapar de ese manto pesado y letal que aplastaba de punta a punta el territorio de Misiones. Y mi casa, construída en el cerro, era como una atalaya que dominaba la jungla. Yo solía entretenerme paseando a través del telescopio por sobre las ondulaciones del monte interminable, y sólo así conseguía horadar el follaje en algunos puntos para descubrir los variados matices y formas de la vegetación. Seguía el proceso de las floraciones; en primavera aparecía en el horizonte el violáceo melancólico del lapacho en flor; luego se salpicaba el bosque con las flores blancas del peterebí y al final del verano los ivirapytá se convertían en gigantescos ramos de flores amarillas. Pero la vida

vegetal es demasiado lenta; aquella lejanía presentaba un espectáculo quieto, casi muerto. Sólo una vez había notado vida animada. Observé un raro movimiento de ramas que se iba desplazando de árbol en árbol, en dirección al norte, y lo seguí durante dos días. Era, sin ninguna duda, una banda de monos "carayá" que estaba de viaje. Después, nada. El ocular de mi telescopio me mostraba siempre el panorama inerte y limpio del follaje tupido, vacío y deprimente. Sin embargo, el fondo no era así. Bastaba bajar del cerro e internarse bajo el monte para descubrir una realidad muy distinta. Y yo conocía demasiado bien el hirsuto corazón de esa selva llena de vida y de muerte. Una vida dolorosa en perpetua lucha entre músculos, dientes y venenos; y una muerte expectante detrás de la maraña. En cada matorral enredado de lianas se anidaba la traición, y hasta cada árbol era enemigo del otro. La vida humana no tenía lugar en ese suelo tropical de hostilidad húmeda y sombría.

Pero la mano del hombre, movida por la audacia y la necesidad, suele desafiar a la naturaleza; y conquista o cae vencida; pero, en ambos casos, después de haber librado una batalla tremenda.

Una vez, hace algunos años, mi telescopio enfocó a gran distancia el instante de la caída de un árbol. Luego vi caer otro, y otro. Durante más de un mes fué ensanchándose todos los días ese agujero en el monte; allí trabajaba sin cesar un hacha incansable. Mi imaginación halló interés en el motivo, y el telescopio, emplazado en la ventana de mi cuarto, quedó fijo mirando el espectáculo; era el comienzo de la brega del hombre contra la selva.

Calculé que ya habría cuatro hectáreas volteas-

das cuando el hacha se detuvo. Pasaron días de quietud en que el único cambio notable era el color de la mancha de monte destruido y aplastado contra el suelo en intrincado montón de troncos y ramas rotas. La mancha se delineaba cada vez más y se ponía más amarilla. Hasta que llegó a parecer un colchón de paja deshecho. Estaba completamente seca y ocurrió lo que esperaba. Una tarde tranquila se elevó hasta el cielo un penacho de humo denso, y poco después el fuego convirtió el rozado en un volcán. Y al día siguiente aquello era una mancha negra como cicatriz de herida en el cuero de la selva.

El telescopio apuntaba como un fusil a la mancha apenas perceptible a simple vista. Todas las mañanas me acercaba un momento al ocular. Allí tenía que ocurrir algo. Y ocurrió. Un hombre, con el torso desnudo, apareció en medio de la mancha carbónica. Observé sus movimientos. Cavaba pozos. Después se internó en el monte y acarreó horcones con ayuda de una mujer. Llegó a impresionarme el silencio de los movimientos, ese deslizamiento furtivo en complicidad con el monte cuyos árboles al caer se rompían contra el suelo sin producir el más leve ruido. Ellos hablaban, se reían, se llamaban a gritos, sin duda, pero yo no oía nada. Parecía una visión del trasmundo. No podía concederles mayor realidad que la que le concedería a una estampa policroma. Y a veces tenía la sensación de que esa escena viva se desarrollaba solamente dentro del tubo del telescopio.

Todas las mañanas yo miraba detrás del ocular cómo surgía esa vida organizada, en un hueco de la selva; y cada vez la sentía más desligada de mí, más fuera de este mundo. Llegué a verla como

una escena que se desarrollara en la luna. Pero me interesaba lo que ocurría. Vi cómo se levantaron las paredes de tablas y cómo fué terminado el techo de paja. Después se hizo la cocina y el corral. Y poco más tarde brotó la plantación anual indispensable: maíz, mandioca, porotos.

Pasó el tiempo. Se pobló el corral. Hubo cosechas. Creció el yuyo. Y el hombre carpía su terreno; y, a medida que avanzaba, el verde sucio del yuyal se cambiaba por el rojo fuerte de la tierra removida. Así varió muchas veces de color y de líneas el minúsculo paisaje que encerraba el telescopio. Y yo ya consideraba como cosa mía ese trozo de vida humana arrancado a la realidad terrible del mundo tropical de las arañas, las víboras y los felinos. Para mi consciencia, fuera del aparato no había nada; todo acontecía entre el ocular y el objetivo.

Pasaron dos años. El panorama de mi telescopio estaba distinto. La casa había sido agrandada, el claro de bosque ampliado, y todo el terreno plantado de bananos y citrus. La regularidad de las distancias entre las plantas, la uniformidad de los cuadrados sembrados, el orden de las cosas, hacían de aquello un cuadro terminado, quieto, definitivo. Fué ese verano cuando por primera vez una fuerte sequía, obstinada como nunca, hizo palidecer la región. El pastizal que cubría los liños de plantas se puso amarillo. La casa quedó en medio de un pajonal reseco y dorado al sol tórrido. Y el hombre y la mujer de mi diminuto panorama bregaban seguramente por la difícil salvación de sus plantaciones. Yo también tuve que hacer lo mismo, y recuerdo que esta desesperada lucha común contra la sequía me hizo sentir un po-

co la realidad de esas vidas que se debatían en el telescopio.

Peró una mañana de viento cálido asistí al final de esta larga, apacible y silenciosa televisión. Vi humo en el monte y corrí al anteojo. Una llama salía del pastizal como una planta diabólica. Me levanté de un salto, pero fuera del telescopio me encontré ante el vacío de la extensión enorme de selva y más selva. Volví al ocular, con las manos crispadas. La llama se ensanchó sobre los pastos reseco y corrió en todas direcciones formando torbellinos de chispas y humo denso. El incendio era ya inatajable. En un momento el fuego rodeó la casa, y vi arder, como una gran antorcha, su techo de paja y sus paredes de tablas. Después se extendió por todo el campo, cubrió las plantaciones, y lo que había costado años se esfumó en pocas horas. Lo mismo que cuando ese lugar había ardido por primera vez. Y también, como la primera vez, quedó una mancha negra parecida a una cicatriz; sólo que ahora, entre esos carbones todavía humeantes, había quizá huesos.

En seguida el verde borró la mancha, y los años cerraron completamente la pequeña abertura. Hoy el monte, mirado de arriba, es como una coraza donde la vista y el pensamiento resbalan para perderse en el vacío. Y mi telescopio me hace la impresión de que es algo que ha muerto; todo ocurrió dentro de él, y ahora no hay nada.

Material digitalizado en el marco del Convenio firmado el 5 de Octubre del 2012, entre la Biblioteca Pública De Las Misiones - Centro del Conocimiento y la Biblioteca Popular Posadas, exclusivamente con fines educativos y de investigación.



MI ESPOSA IMAGINARIA

Un ilusorio negocio de plantaciones de yerba mate me llevó al norte de Misiones, a las selvas vírgenes bañadas por el correntoso Aguaray Guazú; y en esa tierra de víboras y de jaguares trabajé y viví desesperadamente durante seis meses de arañas peludas, mbarigüíes, uras, piques, yararaes, tigres, soledad y sol africano, hasta que vino el paludismo y me arrastró aguas abajo.

Flaco y desilusionado desembarqué en Tacuaral, pueblito situado a orillas del Alto Paraná, pintoresco y sin bichos. Allí estaba establecido desde hacía veinte años el poeta Vochi, cuya invitación a pasar tres meses en su hermosa chacra nunca me hubiera resultado más oportuna que en esos momentos de derrota: salud perdida, bolsillo exhausto y moral quebrada. Así que me preparé a gozar de un mes de reposo reparador, otro mes de tranquilidad para pensar en mi porvenir, y otro mes de probabilidades para obrar en consecuencia.

Vochi no me conocía mayormente, y yo a él

tampoco; habíamos sido presentados en una redacción y las contadas veces que después nos encontramos no conversamos mucho. Pero Vochi me recibió como se recibe a un antiguo joven amigo. Puede notar que sus cabellos se habían agrisado un poco desde la última vez que lo viera en Buenos Aires; por lo demás estaba igual: flaco, musculoso y de maneras secas.

En aquel tiempo yo era todavía un apasionado por las andanzas y las aventuras de todas clases, y, naturalmente, refractario al casamiento; o más bien, ésta era la única aventura que rehuía, pues el matrimonio significaba para mí un punto final en mitad de la vida. Sin embargo tenía curiosidad por saber lo que podría ocurrirme y las situaciones que se me crearían en una sociedad donde yo actuase como hombre casado. Además, sentirme casado y no estarlo era otro motivo de curiosidad. Y nunca las circunstancias habrían de presentarse más favorables para realizar el experimento sin riesgo alguno; en Tacuaral no me conocía nadie, ni siquiera el señor Vochi. Así que nada me costó responder que era casado y que mi esposa había quedado en la Patagonia. Y a fin de adquirir un aire más serio y parecido al de un hombre casado me dejé el bigote.

La casa de Vochi, situada sobre una pequeña colina en medio de un campo de espartillo, eran tres edificios al borde de un gran patio de arena rojiza, y todo esto encerrado en un magnífico círculo de palmeras. No cabía duda, era la casa de un poeta. Allí vivía con su mujer y su sobrina Ana, joven, delgada, pequeña, cálida, movediza e inteligente. Fué la primera en enterarse de la existencia de mi esposa imaginaria.

—¿Por qué no usa el anillo? — me preguntó.

—Porque... lo perdí en los matorrales del monte.

—¿No lo tendrá en la valija?

—A lo mejor... — contesté.

La primera noche dormí mal y me levanté muy temprano, a las seis de la mañana; pero mi amigo, habiendo dormido bien, se había levantado a las cinco. Después del desayuno me senté en medio del patio para gozar de toda aquella poesía, cuando veo a mi poeta con una pesada pila de ladrillos que fué a depositar junto a la puerta del edificio principal.

—¿Qué está por hacer, señor Vochi? — le pregunté, un poco intrigado por aquel silencioso acarreo.

—Una vereda — contestó.

Naturalmente, me arremangué y me puse a acarrear yo también. Y toda la mañana estuvimos acarreando pilas y pilas de ladrillos. Luego de esta larga transpiración matinal almorzamos. Y a la hora de hacer la siesta me dijo:

—Ya hay bastante ladrillos, ahora podemos empezar la vereda.

Claro, me arremangué otra vez. Trabajamos hasta que se puso el sol. Y aquella noche caí a la cama como un plomo.

A la mañana siguiente me levanté a las cinco, pero Vochi se había levantado a las cuatro. Lo encontré en la ladera plantando matas de gramilla. Yo me puse a plantar también. Después del almuerzo nos armamos de picos y barretas y practicamos profundas excavaciones en un lugar que sonaba a hueco y olía a subterráneo jesuítico. No encontrando más que piedra mora resolvimos ir al

monte a buscar naranjas, de donde regresamos ya entrada la noche. Al otro día empezamos a pintar las líneas de cemento que unían las piedras del principal edificio; pero, por la tarde, Vochi se puso a hacer pozos para plantar bananos, olvidando completamente la pared pintada a medias como había olvidado la vereda de ladrillos. Pensé entonces que también había olvidado que yo acababa de salir palúdico de las selvas del norte y que más necesitaba reposo que trabajos forzados.

Así trepando a los naranjos, cavando en la piedra, acarreando ladrillos, plantando pasto, pintando paredes, limpiando tachitos, aserrando maderas, lavando los platos cuando desertaba la cocinera, etc., se pasó el mes, aquel mes que en mi programa figuraba como mes reparador de fuerzas perdidas.

Un día me atreví a insinuarle tímidamente mi necesidad de trabajar un poco para mí mismo, de escribir algunos artículos para ganar unos centavos.

—¿Pero por qué no escribe? — me contestó, aprobando la idea. — Escriba, yo lo recomendaré al director del diario X.

—¿Qué hombre extraordinario! — pensé, — ¡trabaja de sol a sol con tachos, maderas y pinturas y es famoso como poeta!, ¿cómo hace?, ¿cuándo escribe?, y quiere que yo escriba...

Me rompí el cerebro, mientras acarreaba ladrillos para terminar la vereda, buscando la solución de mi problema. Imposible. Los cinco minutos de libertad que podía robar tenía que dedicarlos a lavar mi ropa. ¿Cómo escribir? ¡Qué hombre extraordinario era el gran Vochi!

Una tarde me dijo:

—Apróntese, amigo, esta noche vendrán de visita los Brefiyo, es una simpática familia, sólo que... Mire, atiéndamelo al señor Brefiyo.

Yo casi lo comprendí, y me preparé.

Llegó la familia. Toda muy simpática. El padre tenía el pelo gris y ralo, su andar recordaba un poco el zangoloteo del avestruz, hablaba francés por manía o por tradición familiar, resolvía con interjecciones sus dificultades oratorias, y sabía producir el descanso y el silencio total por contraste. La madre, bien conservada, de grandes y tranquilos ojos claros, cutis delicado, demostraba haber sido una hermosa mujer; hablaba de patos rellenos con naranja, mayonesas y arvejas en salsa blanca; le gustaba la buena mesa, por manía o quizás también por tradición familiar. La hija, bonita, con cierta inexpresión despectiva que suelen tener las niñas bonitas a los veinte años, silenciosa, y, sin embargo, maestra de escuela; me tendió una mano floja y sus ojos azules me miraron helados; se llamaba Julieta. El hijo, menor que Julieta, se llamaba Pedrito y era estudiante perpetuo y sin variaciones. Esa tarde supe que había otro hijo, el mayor, que se llamaba Angel y que andaba haciendo no sé qué milagros y proezas por Buenos Aires.

En un rincón de la pequeña sala la señora de Brefiyo empezó a explicarle a la de Vochi cómo se hacían los verdaderos huevos pasados por agua; Julieta y Ana abrieron sin gran entusiasmo unas revistas de cine, y Pedrito, no encontrando a mano ningún libro de álgebra, se puso a mirar el techo con el pensamiento en el Mar Muerto. Noté que Vochi dirigía miradas imprecisas hacia uno y otro lado, como si buscara algo que no quería en-

contrar, mientras el señor Brefiyo ya estaba a punto de preguntar cualquier cosa por no quedarse callado. Entonces creí llegado el momento de atacar.

—Señor Brefiyo — dije con decisión, cosa que lo sobresaltó un poco, — sé que usted es un buen pianista, me gustaría oírlo. Yo también...

—¡Ah! ¿Usted también es músico? ¡Oh, la música, la música! ¡La música es divina! ¡No hay como el divino arte de la música!...

Lo interrumpí silbándole el conocido andante de la Quinta Sinfonía de Beethoven, y Brefiyo se entusiasmó tanto que se olvidó de todo lo que le rodeaba. Me dijo que la música era el arte de las artes, que en París se hacía buena música, que él había visto a Rubinstein, a Cortot y a cien genios más, y que, ¡oh, maravilla!, le había dado la mano al gran Risler.

Su musicalidad le duró dos horas, al fin de las cuales, aprovechando un breve silencio reposante, pude notar que las señoras del rincón ya iban por el caviar en escabeche, las dos muchachas ya habían pasado por las confidencias y estaban pintando barba y bigotes a las actrices de cine, Pedrito parecía haberse quedado en el Mar Muerto, y Vochi había desaparecido. Entonces consideré terminada mi misión y me dirigí a las señoritas; me interesaba la frialdad de Julieta.

—Quelle heure est-il? — preguntó Brefiyo por no quedarse callado.

Le contesté en francés, y nuevamente entusiasmado por tanta maravilla que encontraba encerrada en mí, me ofreció su casa y me amenazó con grandes audiciones musicales.

Momentos después la familia se iba.

* * *

Días más tarde apareció Julieta a caballo. Ató el tordillo a una palmera y se adelantó en línea curva y con paso lento. Al pasar a mi lado me saludó con un "buen día" más glacial aún que sus ojos azules, y yo dejé de palear para observarla de atrás. Describió otra curva y se dirigió al cuarto de Ana; parecía sonámbula. En ese instante Vochi me llamó para que le tuviese bien tenido un pedazo de trapo con el cual iba a construir una pandorga. Después volví al medio del patio a continuar cavando los pozos para hacer una glorieta. Las dos muchachas salieron del cuarto conversando en voz misteriosa y se acercaron a mí.

—Mire, Dras — me dijo Ana. — Julieta vino a consultarme sobre un asunto delicado. Yo le he dicho que se confíe a usted; usted que es hombre debe tener más autoridad que yo sobre estas cosas.

Y nos dejó solos.

Sus ojos azules estaban rojos de haber llorado. No me fué muy difícil obtener su confianza, pude hacerle sentir mi sincera protección, y la fría Julieta me contó un agitado drama de amor. Sus padres se oponían rotundamente a su casamiento con Roberto Larsen; entre éste y ella habían convenido casarse a pesar de todo, y los dos estaban desesperados, tanto como los padres; pero ella no sabía si él la quería verdaderamente, ni estaba segura de si su propio amor por Larsen era verdadero o no; tenía miedo, no quería casarse así contra viento y marea, y quería casarse a las buenas o a las malas. En suma, ella no comprendía

nada y yo tampoco. Así que resolví someterla a un severo interrogatorio:

—¿Qué la induce a dudar del amor de su novio?

—Que vive con otra mujer — respondió vacilando.

—¿Y qué la hace creer que la ama de veras?

—Vea, Dras — dijo casi sollozando a tiempo que sacaba de su blanca blusa un sobre azul, — lea esta carta que acabo de recibir.

El papel, perfumado, decía: “Te adoro, Julieta. No creas a las malas lenguas. Me desespera pensar que todo parece imposible. Pero si me ayudas todo se podrá. Tuyo, Roberto”.

—Pero, señorita — le dije devolviéndole el papel, — ¿cree usted que yo no podría escribir una carta igual en cualquier momento y a cualquier persona?

Julieta, un tanto desconcertada, no contestó. Yo continué el interrogatorio:

—¿Sus padres tienen rentas?

—No.

—¿Y su novio?

—Tampoco.

—¿Y usted tiene su sueldo de maestra?

—¡...!

Hubo un silencio incómodo. Luego proseguí:

—¿Se siente usted verdaderamente enamorada de su novio?

—Sí... No... ¡No sé!

—¿Quiere usted mucho a sus padres?

—Sí.

—¿Está usted segura del amor de su novio?

—No.

—¿Y del cariño de sus padres?

—Sí.

—¿Sabe usted la vida que hará si se casa?

—Claro que no.

—¿Y la vida que hará si se queda soltera?

—Sí.

—Bueno; ahora, mi estimada amiga, si usted hace un paquete con las cartas del señor Larsen y se las manda por correo, tenga la seguridad de que se salva de un naufragio. Luego, si quiere, lllore todo el día, que no es mucho llorar; después reirá todo el año, que no es poco reír.

La fría Julieta me tendió una mano agitada y se fué, en línea recta, hacia su caballo. Yo acudí entonces en socorro de Vochi que hacía esfuerzos inhumanos por recuperar su pandorga enredada entre el hirsuto penacho de una alta palmera. Después de medio día decidimos terminar con la glorieta y ésta quedó en pie a la caída del sol.

Como apoteosis a la dura jornada, a las ocho de la noche hizo irrupción la familia Brefiyo; y los padres, con lágrimas de emoción, me expresaron su profundo agradecimiento, mientras Julieta entretenía sus ojos azules a lo largo de mi sucia indumentaria de trabajador cansado, y Pedrito se engolfaba en el Mar Muerto.

Sin darme tiempo para reponerme me llevaron a su casa, me sentaron a la mesa y me dieron una audición a cuatro manos que duró dos horas. Entre tanto pude observar las curiosidades de ese diminuto comedor.

Las sillas, la mesa y un gran aparador, parecían haber amueblado, en viejos tiempos, algún palacio. Sin orden aparente, cubriendo por completo las paredes, había cajones y más cajones apilados en forma de estantes, y éstos estaban lle-

nos de libros, cuadernos de música, cuadros, cajas, canastas, frascos, tarritos y mil otras cosas; sobre el piano se veía infinidad de papeles, revistas, ovillos de lana con agujas de tejer, un diccionario, cuadernos de escuela, etc.; las puertas y las ventanas cubiertas de dibujos, pinturas y fotografías, y por todas partes colgaban objetos raros, mates pintados, canastitas de tacuapí con dibujos indios, arcos y flechas, etc. Pero cada cosa parecía estar en su lugar definitivo, colocada allí para siempre. Oprimía el espíritu aquel apretamiento establecido, aquel ambiente de resignación ante la adversidad, adversidad que había llegado a hacer caber tantas personas y cosas en ese comedor.

Cuando terminó la Cuarta Sinfonía de Beethoven, el señor Brefiyo me dijo:

—Yo soy también dibujante.

Y de una gran carpeta que apareció no sé cómo, empezó a sacar y a mostrarme uno por uno dibujos y más dibujos de las ruinas jesuíticas de Tacuaral. Pude contar más de treinta.

—Y voy a hacer muchos más — me dijo entusiasmado — y se los voy a mostrar todos...

Julietta se tapaba la cara para bostezar a gusto, Pedrito leía, incommovible, un libro de química, y yo, lleno de sudor seco, tierra, glorietas, pozos, pandorgas, historias de amor, sinfonías y dibujos, ya casi no podía tenerme en pie ni forjar la más leve sonrisa reglamentaria. Entonces el señor Brefiyo me llevó en su viejo Ford a casa de Voehi.



Pero, ¿cómo escribir, Dios mío? Los días se me iban, estériles, plantando gramilla, removiendo tierra, quemando espartillo, bajando naranjas. Ya corría el segundo mes, el mes que según mi plan, debía dedicar a mi porvenir, pero tenía que dedicarlo a Vochi. El señor Brefiyo estrechaba la frecuencia de las visitas y solía llevarme a su casa para darme conciertos y escuchar mi buena opinión sobre sus dibujos. Una vez me dijo:

—Venga... venga a entretener a Julieta.

¿Cómo escribir, pues? ¿Cómo pensar en mí? El hombre tenía razón; desde aquella ruptura de relaciones amorosas la pobre Julieta trataba en vano de ocultar, bajo su habitual manto frío, la tristeza y el sentimiento de soledad, y yo era largo en mi derroche de ingenio para levantar su espíritu. Además, yo me sentía hasta cierto punto responsable de su estado, y, como hombre casado y padre de familia, no cabían malos pensamientos en mi aproximación a esta señorita así como en mi amistad con Ana.

Llegó a su término el segundo mes de mi programa y el horizonte no había variado; sin dinero ni tiempo para ganarlo, no podía irme ni independizarme en Tacuaral.

Entonces empecé a incubar una justa indignación. Hasta que un buen día me senté cómodamente en medio del patio rojizo y puse mi imaginación en vuelo. Mi amigo Vochi me miró con aire de tratar de comprender cosa tan extraordinaria, ¿podría existir en el universo algún motivo que me impidiera ayudarlo a remendar su pandorga?

Durante varios días me senté a escribir, pero en otro lugar; tuve que encerrarme en mi cuarto para no ver de continuo la espalda del poeta. Sin

embargo, en la mesa, no podía librarme de su ceño fruncido. Me reprochaba sin duda que yo no hiciera nada mientras él trabajaba tanto y me daba de su comida y de su techo. Yo aguantaba. Por las mañanas escribía, y por las tardes iba al pueblo en busca de algún empleo y de nuevas amistades que pudieran ayudarme a encontrarlo, cuando el señor Brefiyo no me llevaba en coche a su casa después de recoger a Julieta a la salida de la escuela, que era lo más frecuente.

Pero pasaban los días, y Vochi ya estaba a punto de explotar. Yo no pagaba lo que comía, le ocupaba un cuarto y usaba sus papeles y su tinta. Y llegó el momento en que él no podía soportar más, y yo resolví no poder tampoco soportarlo a él. De los artículos y cuentos enviados a varias revistas y diarios de Buenos Aires no había tenido noticias todavía, y, como autor desconocido, no contaba con probabilidades de éxito. Pero la hospitalidad de Vochi me resultaba peor que el hambre. Conseguí que se me prestara un rancho en la chacra vecina a cambio de su cuidado, y le dije a mi amigo:

—Señor Vochi, he comprendido que lo molesto a usted, le agradezco su hospitalidad, mañana me iré.

—Bueno — me contestó.

Y yo me fuí diez minutos después.

—He aquí — me dije — un amigo que ya dió toda la amistad que contenía, ya lo gasté.

Al día siguiente recibí un milagroso giro. Cincuenta pesos. "El Hogar" me había publicado un cuento. ¡Qué maravilla! Compré una cacerola, un jarro, cubiertos y provisiones. ¡Rico, yo era rico! ¡Viva la libertad!

Pero estaba encadenado a Brefiyo. Este llegaba en su auto hasta la puerta de mi rancho y me mostraba el retoque que acababa de dar a su último dibujo de las ruinas.

—Vea estos acentos — me decía, — qué bonitos. Pero faltan retoques; en dos o tres sesiones más lo habré terminado. ¿Qué le parece la composición? Con miga de pan le daré algunas luces, y tengo que dibujar más esta piedra.

Después de recibir mi aprobación me invitaba a su casa:

—La señora dice que venga a comer un pato con naranja que ha preparado para esta noche. Si quiere venga ahora conmigo, así no tendrá que andar luego tan largo camino a pie. Vamos primero a la escuela a buscar a Julieta.

Y yo iba encantado, pensando en el pato.

Las lenguas del pueblo hacían correr la noticia de que Roberto Larsen estaba furioso contra Brefiyo, que andaba siempre con un revólver, calibre 44, y que esperaba la ocasión para hacer quién sabe qué. Así que el señor Brefiyo, como buen padre de familia, cuidaba el pellejo y prefería no encontrarse solo.

Para no gastar mi último par de zapatos me compré un caballo, a pagar cuando pudiera, y éste fué mi primer signo de prosperidad.

Una tarde que yo iba a lo de Brefiyo me encontré con Ana, también de a caballo, y continuamos juntos camino del pueblo.

—¿Cómo van sus relaciones con Julieta? — me preguntó. — Ella no quiere decirme nada.

Esto me sobresaltó.

—Van bien — le contesté con mal fingida indiferencia ante la sonda de su mirada.

—¿No se ha enamorado usted todavía? — preguntó a boca de jarro. Y esta tirada a fondo me hizo perder posición.

—¡Oh, cómo quiere!... ¡Si soy casado!...

—¿Y eso qué importa? ¿Acaso no se enamoró de mí?

Me desconcerté. Resolví cambiar de actitud.

—Sí, es cierto — contesté con aplomo. — ¿Cómo lo sabe?

—Porque yo me enamoré de usted.

Esto ya era jugar conmigo. La miré fijamente a los ojos, y ella quiso darme el tiro de gracia en el más suave tono de su cálida voz:

—No busque, ya no encontrará nada.

Peró reaccioné al golpe y no volví a exponerme en descubierto.

—Muy bien — le dije con convicción. — Y si es cierto estamos a mano... y en condiciones de poder hablar sinceramente; sólo ahora podemos mostrarnos tal como somos. Dígame, ¿por que se enamoró de mí?

—Bueno, seré franca. Creo que por un capricho — respondió muy seria. — Varias veces me dí vuelta bruscamente y lo sorprendí mirándome, pero en seguida continuaba su trabajo y no me miraba más; otras veces yo pasaba a su lado, y usted ¡como si yo no existiera! Esto al principio me dió rabia. nunca me había pasado tal cosa. Yo estaba segura de gustarle; usted no me perdía de vista, me miraba furtivamente y hasta se valía de los espejos de la casa. Pero, cuando estábamos los dos solos en el comedor o en otra parte, nunca me dijo nada...

—No es cierto; le he dicho muchas cosas

—Pero nada... nada amable...

—Tampoco es cierto; siempre le he dicho cosas amables, y hasta galantes.

—Bueno, pero... nunca me dijo por qué me miraba. Y terminé por admirar su fuerza de voluntad, su poder defensivo, su dominio sobre sí mismo...

—Pero eso no es amor, mi querida amiga, y ni siquiera un motivo de amor.

—Bueno, no es amor, como usted quiera. Sólo le digo que eso es lo que sentí por usted. Ahora usted me debe su declaración.

—Me admira su audacia. ¿Y si le dijese que usted nunca me gustó?, ¿que yo no sentí nada por usted?

—Le contestaría que miente y que es un cobarde.

—Entonces le diré la verdad; era natural que viviendo tan cerca el uno del otro, ocultándonos sin esfuerzo nuestros defectos, adivinándonos acertada o equivocadamente nuestras cualidades relevantes, no chocando en nada porque no existían intereses comunes, sintiendo la inevitable curiosidad por los sentimientos e ideas que las circunstancias nos obligan a ocultar, produciendo en nosotros recíproca simpatía la continua satisfacción de nuestra vanidad al interesarse el uno por el otro, siendo usted una señorita recién despierta a la vida y yo un hombre madurado muy joven por el solo hecho de ser casado, y, en fin, abierto entre nosotros un abismo infranqueable que, en el fondo, por natural rebelión ante lo prohibido nos resistimos a reconocer como tal, y, aparte de todas estas razones, por encima de todo, principalmente y hasta quizás únicamente, siendo usted mujer y yo hombre, ¿cómo hubiera sido posible la indiferencia?

—Claro, pero todas estas buenas razones, ¿es que ya no sirven en el caso de Julieta?

—Servirían si Julieta me gustase.

—¿Por qué no le gusta?

—Es un poco grande, muy lenta y demasiado fría.

Ya habíamos llegado al pueblo, yo debía doblar a la izquierda.

—¿Irás el sábado al baile de la Pensión Dix? — me preguntó con cierto interés.

—¿Ah, hay baile?

—Sí, una gran fiesta; es el tricentenario de las ruinas jesuíticas de Tacuaral. ¿Irás?

—Trataré de ir.

—Vaya, quisiera presentarle un muchacho...

—¿Que le gusta a usted?

—Que gusta de mí.

—Eso es lo mismo. ¿Y usted quiere que después le diga...

—Sí, quiero que después me diga.

—Gracias por su fe en mí.

—Hasta ahora la merece. — Y poniendo su caballo al galope me gritó de lejos: — ¡No deje de ir!

Yo continué al paso hacia lo de Brefiyo, pensando en que Julieta me interesaba justamente porque era grande, lenta y fría; nunca había tropezado con una mujer así.

Esa noche comí pato relleno con algo que no pude adivinar lo que era ni cuando radiante de misterio me lo dijo doña Julia. Terminada la comida, Brefiyo se sentó al piano a preludiar Chopin, doña Julia se puso a tejer, Pedrito a estudiar, y Julieta, después de refrescarme con una mirada de soslayo, acercó una silla con mano lenta y se preparó

grandiosamente a que yo la entretuviera. Le conté mis aventuras por las Islas Canarias, por el norte argentino, otras que inventé por el sur, y mi curioso casamiento en un transatlántico, improvisación que me costó un gran esfuerzo mental. Ya estaba por fracasar en la verosimilitud de la historia cuando doña Julia roncó sobre sus agujas; y me fuí, no sin antes convencer a todos de que el próximo baile en la Pensión Dix iba a ser una necesaria y saludable distracción para Julieta.

* * *

Llegó el sábado. Todos los faroles a nafta y a kerosén de las casas vecinas parecían haber concurrido al salón de la Pensión Dix. En la calle se alargaba la fila de automóviles que llegaban de las chacras y de los establecimientos yerbateros de la colonia. Estaban allí el comisario, el juez de paz, los concejales, los maestros, y, en fin, toda la crema del pueblo. Las familias Vochi y Brefiyo ocuparon tres mesas unidas, en un rincón, y yo fuí con ellos. Una orquesta de bandoneón, violín, flauta y guitarra alternaba con la ortofónica en los tangos, valeses, rancheras y polkas paraguayas.

Julieta, bien arreglada y agitada por el ambiente, estaba hecha una hermosa mujer. Y Ana, pequeña, nerviosa y cálida más que nunca. Hasta yo mismo resultaba maravilloso por contraste, nunca se me había visto bien peinado, bien afeitado y con corbata y camisa blanca.

—Con esos breches y esas botas — me dijo Ana, — tiene aspecto de estanciero millonario.

Pero yo pensé en el éxito de la gomina.

—¿Le gusto? — le pregunté.

—Sí.

—No tanto, seguramente, como usted a mí, — y la invité a bailar una ranchera.

Después bailé con Julieta y con la joven viuda de Raviel, que me fué presentada en nuestra mesa. Esta hablaba arrastrando las palabras y en doble sentido; era correntina, de grandes ojos negros un poco dormidos y facciones perfectas; no parecía viuda.

—Usted no parece casado — me dijo en un tango después de las segundas copas. Y en seguida nos hicimos los mejores amigos del mundo.

Vino a aumentar el grupo el simpático festejante de Ana, quien demostró su amor así:

—¡Mozo, champagne!

Y a partir de ese momento, la alegría fué tan grande que una de las señoras se descompuso.

A Ana le dije, confidencial:

—La quiero, Ana.

Y ella entornó sus ojos de fuego, sin dejar de mirarme.

Después de un corto silencio en que nos comprendimos, le pregunté:

—¿Y su amigo?

—Sí, ¿y qué?

—¿Lo quiere?

—Sí.

—¿Entonces?

—Los quiero a los dos.

—¿...?

—A propósito, ¿qué le parece mi amigo?

—Es muy bien, trate de casarse con él.

—¿...?

—No le aconsejo que se case conmigo porque yo ya soy casado.

Siguió el baile y aumentó el mareo. Brefiyo subido a una silla pronunciaba discursos en francés, mientras Vochi abrazaba y besaba al doctor Sor y le hacía cosquillas al dentista. Yo me acerqué a Julieta y le dije, confidencial:

—¡La quiero, Julieta!

Ella entornó los ojos fríos sin dejar de mirarme, y lentamente se llevó a los labios la copa de champagne.

—Perdóneme — proseguí, apurando mi copa yo también — el corazón no me obedece y el champagne me hace decir lo que no debo. Usted lo mismo, ahora podría hablar... y decirme lo que no debe; mañana lo habremos olvidado.

—Entonces sí.

—¿Sí, qué? ¿Que usted me quiere un poco...

—Sí — dijo casi imperceptiblemente.

—...o tanto como yo a usted?

Inmóvil, mirando el fondo de su copa vacía con una sombra en sus ojos claros, me pareció realmente la mujer más hermosa del mundo. Un vals sentimental llenó el ambiente y lo bailamos con las manos apretadas.

Mi carácter de hombre casado no me permitía dedicarme a nadie con preferencia notable, tenía que cambiar de pareja. Así que abandoné el grupo y volví momentos después para sentarme al lado de Josefina, la joven viuda de Raviel.

—¡Es extraordinario cómo me siento de cómodo a su lado! — le susurré al oído.

—Y yo también, no sé por qué... Es como si lo conociera desde hace muchísimo tiempo... ¡Qué raro!

—¡Y qué lindo! ¡Es tan difícil ser amigo de una mujer... que nos gusta! — repuse filosófico. —

La amistad con el hombre es siempre interés o vanidad satisfecha, y la amistad con la mujer es siempre un poco de amor. Permítame, el champagne hace mucho bien.

Y le llené la copa. Luego que la hubo vaciado, le dije, confidencial:

—¡La quiero, Josefina!

Sus ojos dormidos se abrieron enormes y en ellos quise leer un “yo también”. Bailamos un tango y varias veces, sin querer, mis labios rozaron su nítida frente. ¡Hubiera dado una fortuna por aquella mujer!

A las tres de la mañana abandonamos el salón de la Pensión Dix, y nunca pude saber cómo hicimos para regresar a nuestras casas.

* * *

Una tarde el señor Brefiyo llegó azorado, casi me derriba el rancho con su Ford.

—Venga a comer esta noche — me dijo con precipitación.

Pensé que Roberto Larsen lo habría corrido.

—Tengo que pedirle un favor — prosiguió.

—Diga nomás.

—Bueno, suba y vamos.

Revisé mi revólver y subí.

—¿Qué pasa?

—Pasa que tengo que irme a Posadas — explicó mientras andábamos, — para acompañar a Pedrito que debe dar examen.

—¡...!

—Tendré que estar allí tres o cuatro días, y no sé qué hacer..., estoy intranquilo..., mi mujer y Julieta no pueden quedarse solas... Si usted quisiera acompañarlas... le agradecería.

—¿¿??

—Podemos hacerle una cama en el comedor sacando la mesa.

—Muy bien, encantado.

Encontramos a Julieta a la puerta de la escuela y fuimos a su casa.

Esa noche, mientras comíamos el pato con naranja, Brefiyo tuvo una idea genial:

—Estoy pensando — me dijo, — que usted podría ocupar este rancho que tengo aquí sobre el camino; ahora está vacío, y es un lindo rancho; puede quedarse en él hasta que consiga la casita del puerto, que dice va a alquilar.

—Muy buena idea — respondí contento, — aquí estaré cerca de todo.

—Y nos hará compañía y usted no estará tan solo, — añadió él, también contento.

Al día siguiente me mudé al rancho. El señor Brefiyo se fué a Posadas con Pedrito y yo dormí en su comedor las tres noches que él faltó. Las mujeres durmieron más profundamente que antes, y yo me pagué mi guardia nocturna con mayonesas y patos rellenos.

Regresó Brefiyo con Pedrito aplazado en varias materias, y la vida doméstica se regularizó. Regulares se hicieron las invitaciones a los buenos platos, regulares las sesiones musicales, y aún más regulares los entusiasmos de Brefiyo como dibujante y mi decidida aprobación de las sombras, luces, proporciones y composición de los veinte o treinta dibujos que me exponía diariamente. Con los patos rellenos y las arvejas a la no sé qué él creía pagarme con creces el entretenimiento de su hija; y yo, con mi diaria aprobación de su obra artística y mi tarea de guarda espaldas, creía también pagarle con

creces su obstinada invitación al almuerzo, al té y a la comida. Y así éramos felices todos. Hasta Julieta empezaba a sentirse completamente feliz en mi compañía.

Pero ocurrió una cosa inesperada que vino a des- arreglar todo. Llegó Angelito de Buenos Aires; el hijo pródigo, idealizado por el tiempo y la distancia; el hijo cuya palabra expresa siempre una verdad profunda, indiscutible y sagrada; el hijo venido de la civilización. Miró, observó, empleó toda su inteligencia traída de la gran metrópoli y, no teniendo otra cosa que decir, dijo sabiamente:

—¡Este hombre es un intruso!

Era natural que así ocurriera; a nadie le gusta que otro lo reemplace quizá con ventajas en el rol de personaje importante o necesario.

Pero Brefiyo se vió mal parado. Yo obraba por condescendencia, no había hecho más que aceptar sus reiteradas invitaciones, así que mal podía acusarme por intromisión si él mismo me había introducido, y de una manera para mí ineludible. Sin embargo, Brefiyo me pidió el rancho y me entregó unos papeles que yo le había dado a guardar.

Y era natural que así ocurriera. A él le resultaba difícil declarar la verdad; Angelito era una potencia, inteligentísimo y temible como todo familiar recién llegado, y le infundía miedo; en cambio yo... ya había cumplido mi misión.

—Bueno — me dije, — he aquí otra amistad que dió todo lo que contenía y se gastó en la primera prueba.

Y me mudé a mi vivienda anterior.



Allí solo con mis musas empecé a juntar rabia. No por la pérdida de mis amigos, pues es sabido que el hombre dura hasta que se lo usa, sino por mi forzoso alejamiento de mis amigas. La sólida imagen de Julieta vino a ocuparme las horas de una manera imprevista y despiadada; veía sus ojos claros hasta en el techo. Ya no era ni demasiado grande ni lenta ni fría; mi imaginación, exaltada por la soledad, movida por la quietud, quitó lo que sobraba, puso lo que faltaba y reconstruyó una Julieta de la cual me enamoré perdidamente. Entonces mi esposa imaginaria se levantó como una muralla; y un buen día, desbordando de indignación y armado con el coraje de la verdad, resolví poner las cosas en su lugar.

Era domingo, ensillé el caballo bien temprano y salí a recorrer las calles del pueblo y los alrededores. A las diez encontré a Julieta en el correo, y, en el tono correspondiente a una revelación maravillosa, le dije:

—¡Julieta, mi querida Julieta! ¡Ahora es necesario que usted sepa la verdad: ¡Soy soltero, Julieta, solt...

—¡¡Quéeee??

—¡Eso, que soy soltero, Julieta!...

Se puso roja.

—¡Entonces usted es un sinvergüenza! — me gritó.

—¡...!

—¡Sí, un sinvergüenza, porque si es soltero de veras, por algo nos ha engañado miserablemente a mí y a todos; y si es casado, me quiere engañar ahora como a una estúpida!

No pude oír más; monté a caballo y salí a escape.

Llegado que hube al rancho, me tiré en la cama, me mesé los cabellos e increpé y maldije a mi esposa imaginaria. Todo lo que ocurría era por culpa de esta mentira. ¡Imbécil de mí! Pero me levantó la rebelión, esto no podía quedar así, era inmensamente estúpido.

A la mañana siguiente monté de nuevo a caballo y me fuí a los caminos. ¡Ana! Me quedaba Ana, la inteligente, la cálida, la inquieta, la encantadora; y un poco idealizada en mis horas de soledad resultaba digna de mi más grande amor. Hacía mucho que no nos veíamos. ¡Qué sorpresa iba a tener! ¡Yo soltero! La encontré en un recodo cerca de su casa, y en cuanto me vió, detuvo su caballo.

—¡Ana! — exclamé con emoción — voy a revelarles una gran verdad; le pido perdón por haber mentado, pero ahora necesito que usted sepa esta gran verdad: yo no soy casado, Ana, mi esposa no existe, fué una invención...

—¡Cómo! ¿Quiere ser bígamo?

Esto me dejó cortado. Vacilé, pero en seguida repuse:

—Puedo mostrarle mis documentos...

—¡Bah! — exclamó implacable, — yo también podría demostrarle cualquier cosa con papeles. Pero, dígame, ¿con quién quiere casarse? ¿con Julieta o conmigo?

—¡Con usted!

—Entonces lo siento mucho; sea verdad o no lo que dice, no tiene remedio; pues dentro de un mes me caso con aquel muchacho que usted me aconsejó para marido, ¿se acuerda, en el baile de la Pensión Dix?

Derrotado balbucí unas palabras de felici-

tación y me alejé. Mi esposa imaginaria tenía la fuerza de una realidad indestructible. Y ahora decididamente se había vuelto contra mí.

Días más tarde pude hablar con Josefina, y la hermosa viudita de los ojos dormidos me contó:

—Sí, ya lo sé; sé también que se le declaró a Julieta y que en vista del mal resultado intentó lo mismo con Ana. ¿Viene ahora por mí? Hubiera venido primero aquí, tal vez... tal vez le habría creído. Pero ahora ¿no le parece un poco tarde? Después de todo no comprendo su desesperación por casarse.

Y me dedicó una de sus más exquisitas sonrisas burlonas. ¡Adiós la viuda también!

Furioso contra mi esposa imaginaria preparé las maletas. No podía luchar contra fantasmas. Y ya estaba harto de situaciones absurdas. Me embarqué en el "Guayra" y me fuí a Buenos Aires.

* * *

Hoy he vuelto a Tacuaral, estoy de viaje al Iguazú. Han pasado cinco años desde aquel raro y amargo episodio vivido en este lejano claro de bosque. No obstante, recuerdo la aventura con un poco de tristeza, porque siempre "a nuestro parecer cualquiera tiempo pasado fué mejor".

Visité a Ana; me costó reconocerla, cargada de hijos, deformada, envejecida, apagada su vivacidad. Si el tiempo no hubiese borrado toda huella en mi espíritu, esa desaparición total de la cálida y movediza Ana me habría hecho sufrir horriblemente.

A Julieta la vi camino de la escuela. Está gor-

dísima, diferente, más grande que antes; y el frío azul de sus ojos se esconde bajo la hinchazón de los párpados. Hablé con ella; todavía cree que mi mujer está en la Patagonia.

Josefina de Raviel ya no está aquí; me dice el dueño de la Pensión Dix que hace dos años la familia debió internarla en una casa de salud.

¡Oh, cómo bendigo hoy a mi bienhechora, mi salvadora, mi magnífica esposa imaginaria!

EL GATO BARCINO

Yo entonces vivía en Tacuaral, Alto Paraná, entre el camino del puerto y un arroyo de aguas frescas y cristalinas cuyo cauce de piedra, accidentado, se extendía bajo la tupida selva que cubre el terreno misionero. Mi rancho, de tablas mal cortadas y techo de paja, se levantaba, un poco torcido, en medio de un claro del bosque, desde donde oía distintamente la cascada del arroyo, cuyo murmullo monótono, continuado, largo, sin principio ni fin, me aclaraba la noción de la eternidad.

Las tablas que formaban las paredes de mi rancho eran desparejas, entre una y otra entraban holgadamente la luz y el aire, por arriba no llegaban a tocar el techo, y contra el suelo las roturas de esas viejas y mal cortadas maderas aseguraban la buena ventilación, jamás excesiva en un país tropical. Cientos de insectos de todas clases me acompañaban de día y de noche y constituían para mí un gran entretenimiento sus combates a muerte, su infatigable trajín en la lucha por la existencia y sus raras costumbres, en cuya observación

pasé engolfado muchas horas de mi soledad. Pero siempre me daba que hacer este vasto mundo de los bichos y mi lucha defensiva no tenía tregua. Los grillos me comían la ropa, y a veces eran tan abundantes que las noches en que parecían estar de fiesta me rompían los tímpanos con sus estridencias de acero. Las arañas cruzaban sus telas en todas direcciones y en cuanto me descuidaba construían una verdadera red de caminos aéreos que unían entre sí los objetos colgados de las paredes; y por las mañanas, antes de meter un pie en la bota, tenía la precaución de golpearla para hacer caer lo que pudiera haber dentro, y más de una vez cayó pesadamente un hermoso ejemplar de araña "pollito". Las hormigas pululaban por el suelo, las paredes, las tablas que me servían de mesa y los cajones que hacían de bancos; se llevaban el azúcar y otros comestibles no menos importantes. Y todo esto me mantenía en continua actividad. De mañana temprano iba al arroyo a lavar mis camisas y mis bombachas, tomaba un largo baño y regresaba a preparar la comida de riguroso vegetarianismo obligado, pues carecía de dinero y la tarea de cocinar y lavar cacerolas me amargaba la mesa. Pero había adquirido la costumbre de ir a almorzar de vez en cuando a casa de la familia vecina, que distaba dos kilómetros de mi rancho, y esto me hacía más llevadera esa vida salvaje. Durante todo el día, el bosque circundante y los naranjos que sombreaban mi rancho estaban poblados de pirinchos, urracas, chopíes y otros pájaros vocingleros, y por la noche cantaba tristemente el caburé y estremecía el ambiente el llanto desesperado del urutaú. Hasta muy tarde solía quedarme bajo los naranjos tomando ma-



te, mirando la luna y soñando en cosas maravillosas. En esas horas de obscuridad y silencio me sorprendí varias veces andando en puntas de pie para no hacer ruido, como si temiera despertar a alguien, o como si no quisiera revelar mi presencia a no sé quién, tal vez al rancho mismo; a la verdad, éste parecía muerto, y también todo lo que contenía y lo que lo rodeaba. Cuando se me caía de las manos algún tarro u otro objeto de lata, el ruido me sobrecogía y me quedaba un instante inmóvil, con el oído atento, como para asegurarme de que nada había sido perturbado y nada se movía. Después, sorprendido en tal actitud, trataba furiosamente de reaccionar contra este principio de locura, la locura de la soledad seguramente, y agarraba de nuevo el tarro y lo daba contra el suelo, cantaba, hablaba en alta voz y me ponía a saltar y a pisar fuerte produciendo el mayor ruido posible. Pero al fin me cansaba y volvía a caer paulatinamente en el andar sigiloso, el respeto al silencio y el miedo a las cosas muertas.

Así viví muchos meses. Hasta que una noche, al entrar en mi rancho, oí un débil y quejumbroso maullido que partía de un rincón. Encendí el farol y a su exigua luz pude ver un gran gato acurrucado contra un cajón, en actitud humilde y medrosa, con los ojos semicerrados y su constante ¡miaaau! prolongado y lastimero como una súplica. Era de color barcino y tenía en el pecho una mancha blanca en forma de escudo. No obedecía a mi llamado pero parecía no temerme, y me acerqué a examinarlo aproximándole el farol. Entonces sentí la impresión más desagradable de mi vida. Este enorme gato era un monstruo de miseria, de dolor y de podredumbre; tenía la cola negra de

hormigas, y en el lomo grandes y profundos agujeros por donde aquéllas entraban y salían a millares; el todo parecía un hormiguero establecido en un gato: una visión dantesca.

Rápidamente preparé creolina, y sujetando al horrible animal por el pescuezo lo sometí a un enérgico lavado, y le saqué los hormigas y gran cantidad de gusanos. Después le dí una galleta, que comió con dificultad, le hice una cama blanda con hojas secas y lo acosté. Allí se quedó, inmóvil, quejándose siempre débilmente, y quizá, por instinto, agradecido. Yo no podía conciliar el sueño y me puse a leer, observándolo de vez en cuando. Al cabo de una hora dejó de quejarse, se levantó penosamente, y arrastrando sus patas traseras, salió del rancho por un agujero. Yo no lo seguí, era tal vez un gato montaraz, acostumbrado a dormir a la intemperie, y respeté sus ideas de libertad.

Pero a la mañana siguiente me despertó su doloroso maullido. Le practiqué una nueva cura, y le dí otra galleta ablandada en agua, después de lo cual abandonó el rancho y desapareció entre los yuyos. La escena se repitió durante varios días; venciendo la repugnancia yo lo lavaba y le sacaba los gusanos, le daba de comer lo poco que podía y lo dejaba irse. Hasta que una vez se quedó y me vi obligado a recurrir a la familia vecina para resolver el problema de su comida diaria. Cierto era que el gato había mejorado notablemente, pero las patas traseras le habían quedado como paralizadas y las arrastraba al caminar: no podía subirse a una silla, y menos saltar y cazar ratones; y fué tal vez el convencimiento de su incapacidad para la lucha por la vida que lo decidió a renunciar a su libertad y refugiarse en mi rancho definitivamente.

te. Ya no podía correr, saltar ni cazar como antes; ahora tenía que darle yo el sustento. Lo acepté como compañero, y cuando yo no me quedaba a cocinar en el rancho le traía las sobras de ricos asados y pucheros que la señora vecina me preparaba buenamente en un tachito.

Y el gato barcino llenó el rancho con su pequeña vida. Cierto que los insectos eran también vidas, pero ellos pertenecían al maravilloso mundo del instinto, al de la profunda sabiduría inconsciente, al de las fuerzas ocultas, y sólo satisfacían mi curiosidad científica; además los insectos siempre me hicieron la impresión de estar "del otro lado". Pero el gato no; éste tenía una inteligencia con fallas como la nuestra, todo lo consideraba humanamente, y a través de sus grandes ojos amarillos yo podía percibir la claridad de sus sensaciones y la confusa obscuridad de sus sentimientos, lo mismo que en los hombres. Me miraba a los ojos, y su pequeña vida se agrandaba inmensamente en la soledad de mi rancho. No me abandonaba un minuto. Se paseaba a mi alrededor, maullando bajito, y se echaba a mi lado cuando yo me quedaba a leer o tomar mate bajo los naranjos. Era un compañero perfecto: estábamos juntos, hacíamos la misma vida, y conservábamos en absoluto la libertad de pensamiento; él nunca me contradecía, y a mí no me molestaban sus torpezas. Cuando iba al pueblo en busca de provisiones, el gato me miraba, irguiéndose y estirando el pescuezo por encima de los pastos, hasta verme desaparecer; y de regreso, ya tarde, me recibía con el cordial saludo de sus maullidos que, aunque tal vez interesados, yo interpretaba como cariñosos. Este animalito había conseguido destruir la atmósfera letal que pesaba sobre

el rancho y todas sus cosas. Ahora el rancho ya no estaba muerto. Me iba con la sensación de dejar a alguien, y regresaba sabiendo que se me esperaba. Yo ya no vivía solo, y no volví a andar en puntas de pie.

* * *

Una mañana me desperté con los músculos doloridos, desayuné desgastado, fui al arroyo a traer agua en el balde, y sintiendo cansancio me acosté otra vez. No almorcé, porque buscar leña, hacer fuego y cocinar me habría resultado un suplicio. Y por la tarde me volteó completamente la fiebre que calculé de cuarenta grados. Gripe, sin duda. Esa noche la pasé agitado, delirando; y al día siguiente ya estaba extenuado. Coloqué a mi alcance el balde de agua y las cuatro galletas que me quedaban por todo alimento; ya me era imposible levantarme a cocinar y menos aún ir al pueblo para buscar víveres o remedios. Así que me preparé a soportar la enfermedad con agua y pan y confié mi cura a Dios.

Pero de pronto noté que los maullidos del gato se habían hecho más prolongados y frecuentes. El animalito, arrastrando siempre sus patas traseras, recorría los rincones del rancho y me miraba con una rara insistencia. Era el principio del hambre. Y ante este imprevisto yo no podía hacer nada. La situación del animal inválido era desesperante; yo no podía darle ninguna de las pocas galletas que me quedaban, mi vida era para mí más importante que la suya; pero seguramente él no lo entendía así, y no cesaba de arrastrar sus patas alrededor del balde, maullando siempre y sin dejar de mirarme con sus grandes ojos semicerrados. A veces desaparecía por la rotura de una pared y solía

quedarse afuera más de media hora. Pero no por esto descansaba mi atención sobre él; algo quería hacer, quizás atrapar pájaros, o cazar lauchas en la capuera, tal vez irse. Luego reaparecía por otro agujero, con su largo y lastimero "miaau" ya enronquecido, que en mi estado febril se me antojaba una acusación. Y su queja, continua, dolorosa, implacable, me horadaba el cerebro y me elevaba la temperatura.

Al tercer día el gato estaba desesperado, y yo ya no podía soportar más su espantosa acusación. Me quedaba una sola galleta y no debía dársela. La fiebre, el dolor de cabeza, el calor de enero y la visión macabra de ese miserable gato hambriento y tullido que maullaba y se arrastraba frente a mí pidiendo de comer, pidiendo siempre, desde hacía tres días, me habían llevado a la desesperación máxima. Sólo encontraba una solución: matarlo. Era mi compañero, mi protegido y la única vida de mi rancho; yo ya sentía cariño por este gato barcino que durante tanto tiempo había sabido acompañarme, despedirme y esperarme como jamás lo hiciera nadie; pero yo no podía soportar más su sufrimiento y su llamado angustioso. En un penoso esfuerzo me levanté y empuñé el machete de monte, mi única arma. Tenía que matarlo de un solo golpe, bien merecía una buena muerte. Aproveché un momento en que no me miraba y le descargué un machetazo con todas mis fuerzas para partirle el cráneo. Pero le acerté el golpe en medio del cuerpo, y el gato fué a dar contra las tablas del rancho, aullando y retorciéndose de dolor; entonces, exasperado, con la consciencia obscurcida, me abalancé sobre él y lo trituré, lo aplasté, lo deshice a machetazos.

Material digitalizado en el marco del Convenio firmado el 5 de Octubre del 2012, entre la Biblioteca Pública De Las Misiones - Centro del Conocimiento y la Biblioteca Popular Posadas, exclusivamente con fines educativos y de investigación.



LA ORQUIDEA

Esa casa me hacía sentir su silencio; era un silencio que parecía artificial, postizo, forzado. No sé si por una ausencia inexplicable de pájaros, o por la obscuridad que proyectaban las frías araucarias del patio, verdad es que la casa tenía algo de tumba. Cuando pasaba por allí yo no oía otro ruido que el de los cascos de mi caballo. Y las ventanas, salvo una, parecían ojos pesados y dormidos que nadie podría despertar. Pero sobre el marco de esa ventana abierta había siempre una flor fresca en un vaso de agua límpida. Y este único signo de vida me llamó la atención por su insistencia; cada vez que yo pasaba, la flor en su vaso resplandecía de frescura. Era una orquídea, silvestre en los bosques del Alto Paraná, pero magnífica. Alguna mano cuidadosa cambiaba siempre el agua del vaso y ponía en él una flor nueva.

Al principio yo no pasaba mucho por allí porque no era ése el camino más corto, pero cuando noté la permanencia de la flor en la ventana sen-

tí la existencia de algo que contenía vida y que atenuaba el peso del silencio en esa casa que parecía muerta. Entonces mi caballo comenzó a doblar el rumbo hacia ese lado; la casa me atraía con una fuerza misteriosa. Y mis obligados viajes al pueblo dejaron de serme aburridos.

Yo salía por la mañana, bien temprano para evitar los calores del día tropical, y entraba en la larga picada que recorría varios kilómetros bajo el alto y obscuro monte típico del Alto Paraná. No ocurría, durante el trayecto, ninguna variante que me distrajera. Sólo de vez en cuando algún venado sobresaltaba mi caballo con su súbita huída a través de la maraña. Después, nada. Siempre los mismos árboles, muchos con el tronco poblado de plantas epífitas; claveles del aire, orquídeas, cactus y helechos; siempre iguales las palmeras, finas y estiradas como para perforar el follaje y salir a tomar aire y sol, y siempre las lianas enredando el bosque y queriendo imitar alambrados de trinchera. Y esta monotonía era propicia al fantaseo de la imaginación. Mi pensamiento giraba en torno de aquella flor de la ventana, como si, cansado de mi soledad, buscara allí compañía, y tejía y destejía historias que parecían cuentos de hadas. Esa flor era siempre la misma, y no se marchitaba nunca. Era también una mujer convertida en orquídea, y esperaba con resignación cumplir el plazo de su encantamiento; o quizá sería necesario pronunciar alguna palabra cabalística para volverla a la vida animada. Sin embargo, tal vez fuera mejor no romper el sortilegio; esa orquídea que parecía perenne, enmarcada en la única ventana abierta de la casa lóbrega, era un cuadro maravilloso. Y, por contraste de lo circundante, en ella se



polarizaba toda la luz y se concentraba toda la vida del lugar; era como una estrella eterna que simbolizara la vida universal. Y era, en verdad, el único punto luminoso que yo encontraba en la salida del bosque.

Hasta que una mañana sorprendí la mano que con tanta constancia renovaba siempre la orquídea del vaso. Una mujer joven, fresca como la flor, detrás de la ventana realizaba el final del cuento de hadas. ¿Había sido ella la orquídea?...

Pero en cuanto me miró y sentí la realidad terrena de su ser, se volaron las hadas y me encontré ante la verdadera y sencilla historia de una mujer que adorna su ventana con una flor que se le parece. Y ese día continué mi camino con la impresión de haber develado un misterio grandioso.

Desde entonces pude concretar el motivo que me llevaba a pasar por la casa silenciosa. La orquídea me interesaba por su dueña, y su dueña me interesaba por sus ojos claros, su tez blanca y cuidada y el raro ambiente que la rodeaba. Todos los días, a la salida del monte, recibía el saludo de la flor. Nunca faltó de su vaso esa magnífica orquídea; siempre estuvo allí, a la ventana, mirando hacia el camino. Y llegué a creer que me esperaba todas las mañanas para mirarme pasar. No sé si alguna vez me miraron también, por entre las plantas, los ojos claros de su joven dueña, pero la mirada tropical de la orquídea la sentía sobre mí como si toda la casa me mirara.

Pasó el tiempo. Y la insistencia de la orquídea volvió a hacerme tejer sutiles historias alrededor de aquellos enigmáticos ojos claros que yo no podía ver nunca pero que, quizá, ellos me miraban pasar.

Hasta que un día ocurrió lo que jamás habría

esperado: la orquídea, semi cerrada,, parecía una estrella que se estuviera apagando. Me detuve, a pesar mío, y me quedé un momento contemplando ese ocaso de la flor, y sentí que algo indefinible se acababa definitivamente. Después continué mi camino, con la sensación amarga de la esperanza frustrada; y sólo entonces me dí cuenta de que, antes, yo había sentido éso: una esperanza.

En pocos días la flor llegó a cerrarse completamente. Así, marchita, no sé si duró mucho en el vaso, porque yo no pasé más por allí.

Más tarde me dijeron que en esa casa se había muerto una niña. La niña de la orquídea; los ojos claros de mi esperanza.

CHILIN Y YO

¡Qué lástima! Se ha hecho de noche; pierdes la impresión de la llegada. Este lugar es magnífico; nunca habrás visto otro igual. Pero, no importa, mañana abrirás los ojos ante un paraíso brillante de oro verde, rojo y azul. Espera que amarre la canoa. ¿Ves? Es liviana, como para ti; tú también aprenderás a remar; ahora el río está bajo, la corriente no te arrastrará. Vamos andando. ¿Que no ves nada? Pero me ves a mí; hay estrellas. Sígueme de cerca. Estamos en la playa. Aquí te gustará correr y saltar, desnuda, después del baño. Entonces esta playa se llenará de vida; ahora está muerta, como todo lo demás. El Paraná suele dejar en la arena toda clase de objetos: cajas, cajones de fruta, maderas raras, tablas, troncos labrados; cosas que vienen de muy lejos, quizá de Matto Grosso: hasta chalanas y huavirobas perdidas que las crecientes arrancan de sus puertos han encallado aquí. Todo esto nos divertirá mucho.

Cuidado ahora; tenemos que andar un buen tre-

cho bajo monte. Ni siquiera traje fósforos, ¡qué imprevisión! Esto es una boca de lobo; un túnel; pero yo conozco el camino, dame la mano. Siempre lo limpiaba de yuyos para cuando tú vinieras...

Por aquí hay un tronco cruzado; es un árbol que hace poco arrancó la tormenta. ¿A ver?... Sí; aquí está. Cuidado; levanta bien el pie... Eso es, así...

Escucha... ¿Oíste? Es el grito del urutaú; un quejido horrible, angustioso, parece humano. Después oirás el silbido del yací-yateré; también es lúgubre y tiene su encanto. Estos dos pájaros lloran cuando la selva duerme y me acompañan en mis noches blancas. ¡Cómo deseaba que los oyeras!

Aquí hay un lapacho; es el rey del monte. Esta primavera le dije que vendrías y se llenó de flores. Pero se cansó de esperarte. Las orquídeas sí, están abiertas y hay muchas. Mañana pondremos en la mesa un gran ramo de ellas.

Ahora el camino empieza a subir. La casa está muy arriba; allí hace fresco siempre. Hoy en el bajo ha habido cuarenta grados. ¿Te fatiga la ascensión?... Pero más fatiga subir solo...

Ya salimos del bosque. Estamos bien alto. Mira en el horizonte las luces de Santa Ana. Mira las estrellas en el río. Todo es tuyo, nuestro. Esta palmera también es tuya; una ardilla ha hecho su nido en ella...

Camina con cuidado, por aquí hay piedras que no he podido sacar.

Allá viene un barco; está iluminado...

¡Qué lindo es todo esto... porque tú lo ves! Sí, porque tú lo ves. Si antes he admirado este precioso rincón ha sido únicamente pensando en tí. Pero lo he admirado con tristeza. Esperándote siempre

postergaba la emoción de la alegría. Todo estaba muerto, sólo tu imagen tenía el poder de reanimar las cosas. El río, la playa, los ruidos del bosque, las conmociones del cerro en el huracán, los gritos de la noche, el sol, los colores, la brisa, las orquídeas... todo era belleza inexistente porque tú no la veías, no la sentías. Pero yo te esperaba. Para ti hice mi casa, y sólo por ti cuidaba los caminos y las plantas. Para ti están las estrellas en el río; y sólo pensando en ti contemplaba el nido de la ardilla. Demoraste mucho pero has llegado a tiempo; un poco más tarde y yo me habría suicidado.

¿Sientes el fresco? Siempre corre aire en la cima. Aquí está tu casa.

¿Oyes? Es el ladrido de Chilín. Ahí viene corriendo...

¡Hola, Chilín! ¿No hay novedades? ¿No vino el zorro? ¡Pobre Chilín! Tú también estás solo... ¿Cómo! ¿Ladras todavía? ¿Ves fantasmas? No es nada, Chilín, no hay nadie... Ella no ha venido. ¿No la conoces, Chilín? Yo tampoco, pero... algún día vendrá.

Ahora, vamos a cocinar...

Material digitalizado en el marco del Convenio firmado el 5 de Octubre del 2012, entre la Biblioteca Pública De Las Misiones - Centro del Conocimiento y la Biblioteca Popular Posadas, exclusivamente con fines educativos y de investigación.



¡VIDA 'E PERROS!

Suena el despertador, son las cinco de la mañana. El administrador abre los ojos. Extiende el brazo para tocar el timbre y siente frío. Es pleno invierno, tiempo de cosecha. Se levanta y se viste con calma mientras el mestizo sirviente le ceba unos amargos bien calientes. Mira por la ventana; la escarcha raya los vidrios; el yerbal está blanco. Va al comedor a tomar el desayuno y los tacos de sus botas resuenan en la casa vacía. Afuera el frío le congela los pies, pero adentro el vacío le congela el alma. ¡Vida 'e perros!

Su caballo, ensillado, lo espera a la puerta. Sale al tranco. En ese momento suena el silbato de la fábrica; comienza el corte en las hectáreas. Sigue por la picada; ésta es recta de punta a punta. Su mirada escudriña las plantas y penetra entre los liños que van hasta el horizonte. Todas las plantas parecen iguales, y pasan y pasan; el camino no termina nunca. Ahora se le congela el pensamiento. ¡Qué frío es el frío de un yerbal!

El primer rayo de sol lo distrae durante un se-

gundo. Las plantas brillan como esmeraldas y el rojo de la tierra se despierta. Después su imaginación cubre el cielo; sueña con ciudades y con cariños lejanos, lejanos en el tiempo y en el espacio; recuerda el sentir agitado y la turbulencia de su juventud; piensa en sus viejos proyectos y en lo que había querido ser, y por un momento la felicidad se pinta con los colores de su imaginación. Luego baja los ojos. No hay nada. Las plantas, todas iguales, pasan y pasan. ¡Vida 'e perros!

A medida que se acerca a la cuadrilla de mensúes oye más claramente el metal de las tijeras de podar. Cien hombres y mujeres; indios, mestizos y extranjeros; trepados a las plantas, recogiendo hojas del suelo y formando montones sobre las lonadas, van dejando el yerbal desnudo, calado hasta los huesos, más frío que antes. El administrador llega junto a la romana en cuyo pulido gancho se cuelgan unas tras otras, sin interrupción lonadas y más lonadas de setenta, ochenta, cien kilos de yerba que en seguida van a llenar los camiones. Desmonta y habla con el capataz. Hace frío, y las hojas están todavía mojadas por la noche; pero hay muchas hojas; la cosecha va bien. Las manos ateridas que aprietan las tijeras se acalambren, y las que quiebran y deshojan las ramitas se agrietan y se rajan. Pero las plantas están cargadas, y la cosecha va bien. Ruido sin fin de tijeras, de ramas, de lonadas, y el continuo correr del pilón sobre el brazo de la romana: ir y venir de mensúes con las ropas desgarradas, librando al frío partes de sus cuerpos de bronce; acarreo constante de los camiones que llevan a la fábrica toneladas de yerba y llenan el aire con la música del trabajo, el sonido de los motores.

El administrador penetra en la plantación para observar la poda. Se acerca a un mensú, luego a otro, habla con el de más allá. Una mestiza lo mira desde un montón de yerba. El la mira también, y ella baja la cabeza. Es bonita, con sus ojos estirados y sus labios carnosos, y su cuerpo es esbelto, de formas firmes.

—¿Tienes frío?

La mestiza fija en él, sólo un instante, sus ojos renegridos, y contesta con una sonrisa fresca:

—No, señor.

La conoce bien; muchas veces ha mirado a través de las plantas podadas ese cuerpo perfecto y ese rostro expresivo. Se aleja unos pasos, mira las plantas sin ver nada, y vuelve.

—¿No te duelen las manos?

—No, señor.

No encuentra más qué preguntarle, qué decirle, no puede conversar con ella. Ella no levanta los ojos, no osa mirarlo de frente. El es el administrador, el amo, el que paga, el señor poderoso. Todos lo observan a hurtadillas; lo respetan y le temen porque no dice ni hace lo que todos ellos dicen y hacen. El lo comprende y se aleja de nuevo. Pero no se va. Un poco extraviado, recorre los liños y dirige preguntas huera a los podadores. Su mirada busca siempre, inconscientemente, la fina silueta de la mestiza, y de vez en cuando, a lo largo de los liños, la ve junto a su lonada, amontonando yerba, con los ojos escrutadores y quizás, ella también, con el corazón agitado. Y él va, así, poco a poco, describiendo un amplio círculo cuyo punto central son esos ojos negros, punto que representa el centro de gravitación en la vida del hombre.

El tiempo pasa; ya son las nueve. Disminuye el

ruido de las tijeras y se forman algunos grupos que ríen y hacen fuego. Descansan, comen reviro y toman mate.

Por el otro extremo de la hectárea se acerca un poñador. Es un muchachote sucio y roto, tiene el aspecto de todos: miserable, y muestra sus manos agrietadas y ennegrecidas por la yerba. Ve a la mestiza y se le aproxima. Le dice algo, gesticula torpemente, y ríen los dos, ajenos al mundo. Se acerca aún más, le toca la cara, y ella hace un movimiento de débil defensa. Nadie repara en la vulgar escena. El, entonces, le rodea la cintura con su brazo brusco, y los dos, muy apretados, caminan hasta que se pierden en el yerbal tupido.

El administrador los ha visto alejarse; monta a caballo y se va al tranco. Y piensa en que él es el amo, el hombre que manda, el señor poderoso...

—¡Vida 'e perros! — murmura.

LA 58

Era una mañana prometedora de un día ardiente. El yerbal recién podado blanqueaba a los primeros rayos del sol y parecía un ejército de esqueletos en suspenso. Pocas horas más y habríamos terminado con las ciento cincuenta hectáreas de la sección I. El capataz Andrade salía de un lado del yerbal, miraba a lo largo de la picada, se restregaba las manos nerviosamente y desaparecía por el otro lado. Ya iban llegando los últimos raídos; demasiado pesados; ochenta, noventa, cien kilos; pero ahora yo los dejaba pasar con cualquier peso.

—¿Ultimo de aquí? — le preguntaba al podador mientras hacía correr el pilón sobre el brazo de mi romana.

—Ultimo.

—¡Noventa kilos!

—¡Chapa setenta y uno! — me contestaba el hombre automáticamente.

Yo anotaba el número 90 bajo el 71, mientras el mensú empuñaba de nuevo la carretilla y acer-

caba su raído al camión, donde lo tomaban los cargadores.

—Andá para allá — le decía cuando volvía a pasar frente al pilón — hay que seguir cortando para acabar en seguida.

—Y sí, pué.

Reaparecía el capataz y ordenaba febrilmente:

—¡Haga apurar a la gente! Cincuenta kilos de multa al que no siga cortando!

Yo a mi vez ordenaba:

—¡Verón! Recorra la hectárea y apúrelos.

El cargador Verón desaparecía.

Continuaron llegando los rezagados.

—¡Cien kilos!

—¡Chapa 50!

—Bueno, ahora a cortar allá en la punta.

En eso me gritó Verón:

—¡Falta sólo el 33!

Llegó al fin el 33; partió el camión hacia la fábrica, con una carga de dos mil quinientos kilos; descolgué la romana, los peones se encargaron de las demás cosas, y rápidamente nos instalamos en el extremo de la hectárea. Allí encontré al capataz acalorándose con la peonada.

—¡Pronto, rápido, trabajen! ¡50 kilos de más al que trabaje mejor! ¡A ver, pesador, apure a la gente!

Yo ya no sabía qué hacer.

—Corran, muchachos, — les gritaba — recibo cualquier kilage; ¡hasta 150 kilos si quieren!...

—¡Hiii! ¡huuu! ¡huijaa!

Todos gritaban, se entusiasmaban, y, en verdad, trabajaban cuanto podían.

El capataz Cabrera, con más o menos igual cantidad de hombres, estaba también por terminar la

sección a su cargo, la II, y el que terminara primero podría entrar en la sección *irregular* (llamada así por su forma), la mejor del yerbal, cuyas plantas sanas y bien cargadas de hojas facilitaban la tarea y producían buena ganancia al podador. Además, se trataba de una cuestión de honor: la *irregular* venía a resultar un premio a la cuadrilla más trabajadora, y los capataces se jugaban enteros para ganar esta justa.

El capataz Cabrera también regalaba kilos a los suyos para apurarlos. Desde nuestro lugar se podía oír la alharaca de la otra cuadrilla, y eso avivaba aún más a los nuestros. Una hora todavía de trabajo y la sección I quedaba lista. Andrade, encaramado en la planta más alta, observaba con la atención aguzada los movimientos de la cuadrilla enemiga. Cuando bajó se acercó y me dijo con íntima satisfacción:

—¡Cabrera tiene todavía para dos horas!

Y desapareció en el yerbal.

Pero reapareció en seguida, restregándose las manos:

—Che, me voy a la *irregular*; no aguanto más; ya tengo gente. Apure a los que faltan y mándemelos en cuanto terminen. Si su gorda no viene no la espere.

Mi gorda era la 58. Una mujer entrada en carnes y en años, tendría unos cuarenta. Trabajaba sola, generalmente en silencio; figuraba en corte y quiebra, en mi cuaderno, bajo el número 58. Al cabo del día alcanzaba a cortar y quebrar unos setenta u ochenta kilos, lo que le significaba 70 u 80 centavos de ganancia. Con desesperante frecuencia le robaban lonadas, por las que en los días de pago su haber se encontraba reducido aún más,

un peso por lonaña. Pero la 58 se defendía con resignación. Antes de empezar la tarea, bien temprano, llegaba hasta mi romana, fresca, recién lavada, con vieja ropa limpia, zarandeando su enjundia y conteniendo una sonrisa que reflejaba mucho de lo bueno y lo malo encerrado en su espíritu indefinible.

—Buen día, mi patroncito, ¿cómo amaneciste?

Y acercándose mucho para que nadie viera, me ponía en la mano un paquetito de “chipas” o de tortas fritas hechas por ella. Otras veces me traía flores del bosque. Tuvimos una discusión a propósito del peso de su raído, y me dijo:

—No debe descontarme el rocío, mi tesorito, porque ¿no ve que no está mojada? Mirá.

Desde entonces todos la llamaron mi “gorda”

En el yerbal se contaban de ella muchas historias raras. Había tenido tres o cuatro maridos. La casa donde vivía era herencia del primero, muerto después de una succulenta comida preparada por ella con motivo de su cumpleaños. El segundo se había ido dejándole las vacas, que ella hiciera retener por la policía. Otro le había cultivado el campo antes de morir de un resfrío. Y creo que era el cuarto el que se había escapado llevándose los hijos y el dinero. Pero la 58, siempre gorda, trabajaba en silencio, sin desmayar bajo el sol más ardiente, transpirando hasta mojar su huella, y me traía en la rechinante carretilla sus flojos raídos de yerba acompañados por una sonrisa de ansiedad.

—Treinta kilos — yo le decía.

—¿No serán cuarenta, patroncito?

—Bueno, cuarenta.

Y a la mañana siguiente volvía con sus tortas y

sus flores. Me costaba ver en ella a la heroína de las historias que corrían por el yerbal; y resolví no creerlas.

“Si su gorda no viene, no la espere”, me había dicho el capataz. Eran las 11 y ya quedaban muy pocos en la hectárea; pero la 58 terminaría recién a las 12.

—Verón, — le dije al cargador — vaya a ver quienes faltan.

Momentos después volvió Verón:

—El 20, el 95 y el 80; pero ya están atando. La gorda tiene todavía tres plantas.

Llegaron los raídos, el camión cargó con todo y nos fuimos a la *irregular*.

El capataz Andrade nos recibió a gritos y agitando los brazos en medio del camino, entre dos interminables filas de carretillas que esperaban la balanza. Gritaban también los guaraníes, con las caras chorreando sudor y sus pequeños ojos redondos de ira. Yo había cumplido con mi deber y pude permanecer tranquilo. Sólo, de vez en cuando, me molestaba la idea de haber dejado allá lejos, en la sección I, a la 58 podando y quebrando ella sola, penosamente, la yerba que habría de completar su pobre raído de cuarenta centavos.

Nunca me vi más apurado en mi puesto. Los ganchos de la romana me amorataban las manos, el pilón resbalaba sin cesar con su ruido dentado, y el ejército de carretillas y raídos al hombro se apeñuscaba impaciente, sordido, torvo, rencoroso, castigado por un sol de llamas y envuelto en la quietud del aire recalentado sobre esa picada de tierra roja y seca que aplanaba los pies. Los “mensú” olvidaban la poca disciplina impuesta; atro-

pellaban en montón, entrechocaban las carretillas y blasfemaban.

—¿Dónde está Verón? — gritó el capataz.

Verón había desaparecido. Y los dos cargadores restantes se debatían entre el desorden de raídos que se apilaban alrededor del camión. Un podador ocupó el puesto de Verón, pero tuvo que remangarse también el capataz y hacer de cargador para restablecer el orden después de una hora de lucha en ese descompuesto mecanismo de carretillas, lonadas, raídos y camiones.

Las plantas, bien cargadas de hojas, producían raídos y más raídos. La romana trabajaba sin descanso; yo tenía los brazos dormidos y me dolía la cintura; la fila de carretillas no terminaba nunca; la cuadrilla parecía una manga de langostas arrasando el yerbal. Ese día no almorcé.

A las 4 de la tarde apareció Verón haciendo eses y con un fuerte tufo a caña. Se sentó en el pasto, a mi lado, y cantó en portugués hasta que se le pasó el hipo y se durmió.

Andrade, satisfecho de la brava jornada recobró su buen humor:

—Tenemos que enviarle un saludo a Cabrera — me dijo mientras me convidaba con un cigarrillo. — Deme la romana un rato; usted anote.

—¡70 kilos!

—Chapa 23.

—¡77 kilos!

—Chapa 8.

—¡75...!

.....

Cuando la 58 podó las tres plantas, quebró la yerba y ató su raído de más o menos unos 40 ki-

les, notó de repente que la rodeaba un silencio total. Ella no podía comprender tan súbito cambio de ambiente. Un oído le comenzó a sonar en una nota aguda mientras se esforzaba en percibir un ruido cualquiera que la trajese a la realidad. Nada. Ni el zumbido de una mosca. Sólo sentía el cosquilleo de las gotas de sudor que le resbalaban por el cuerpo. Hacia todos los rumbos los liños se extendían desiertos y rígidos en el yerbal podado hasta los huesos. La 58 se encaminó a la picada, balanceando su pesado cuerpo. Miró a uno y otro lado y su vista se perdió en un horizonte que ondulaba de calor. Ni romana ni lonadas ni gente ni maña. Pensó en la sección *irregular* y volvió lentamente a su raído. Lo acomodó en la carretilla, se enjugó la frente con el vestido y salió a la picada empujando su preciosa carga.

Los ejes reseco chirriaban a compás. Las manos, acalambradas por la presión constante sobre las tijeras de podar y mojadas de transpiración, apenas podían cerrarse para sostener la carretilla. Pero la 58 marchaba a paso regular, con los pies desnudos sobre la tierra calcinada y la vista herida por el resplandor rojo de la picada. A ambos lados pasaban sin cesar los esqueletos todos iguales de las plantas podadas, y el camino parecía recorrer el infinito.

Cegada por el sudor, se detuvo. Notó que la sangre le golpeaba las sienes, y su respiración era cada vez más dificultosa. Sentía en la nuca un fuerte dolor que la mareaba, y los rayos del sol le pesaban como un narcótico. La mujer se secó los ojos, empuñó de nuevo la carretilla y reanudó la marcha, ahora vacilante. Con los ojos fijos en la huella, sólo veía una mancha oscura con un halo

rojo. De pronto el radio de su visual se puso verde, y la carretilla chocó contra una planta de yerba, volcándose. Un instante de abandono de la voluntad y el síncope la tendió junto a su raído. Entonces el sol, como si hubiera estado esperando el momento propicio, descargó toda su fuerza ígnea durante varias horas sobre esa masa inerte de carne floja.

.....

De vuelta del trabajo por el camino de la sección I encontramos a la 58 muerta al lado de su raído de 40 kilos. Este fué llevado a la fábrica y la mujer a su casa vacía, donde la velaron unos vecinos piadosos. Por la noche, al hacer el parte diario, con ayuda del capataz Andrade, yo le dicté de mi cuaderno:

—...58: nada.

Y él trazó una cruz sobre el número impreso en el parte diario. Yo también crucé con dos rayas el 58 de mi cuaderno, pero lo hice con el íntimo y místico propósito de borrar así todo vestigio de la mujer para evitar su angustioso recuerdo y el revenir continuo de la fácil reconstrucción de su último episodio. Andrade y yo no hablamos del asunto; había entre nosotros, quizá, una recíproca acusación tácita.

Al cabo de una hora de sumar, ordenar, dictar y escribir números y nombres quedó terminado el parte diario, ese precioso documento probatorio de las hazañas del día, y en el cual un error mío podría producir o un asesinato o una fiesta. Después doblé la hoja de mi cuaderno y anoté, para el día siguiente, las "chapas" de los "mensú", del 1 al 95, en orden simétrico a fin de facilitarme luego

la rápida visualidad de cualquier número. En seguida llevé el parte a la oficina y quedé libre.

La jornada siguiente fué también dura. Mucha yerba en la sección *irregular*. Verón se acalambra- ba los brazos cargando camiones, yo me lastimaba los dedos enganchando raídos, mi cuaderno se lle- naba de números y más números casi encimados e ininteligibles, y Andrade, sonriente, echando humo como una chimenea, me decía al oído después de considerar mi apretada situación:

—¡Qué café con leche con pan y manteca estoy por ir a tomarme! — o — ¡Qué buena cerveza fres- ca me espera por allí cerca! ¡y usted aquí clava- do!...

Terminó la jornada y regresamos. A la luz siem- pre lúgubre del kerosén emprendimos la tarea más engorrosa del día: el parte.

—...El 23: 320 kilos... El 92: 561... el 58: 40...

—¡Cómo! ¿la 58? ¿y 40 kilos?

Observé el gráfico; era evidentemente de mi pu- ño y letra. Una equivocación sin duda. Taché y seguí dictando:

—El 19: 310...

Pero a la noche siguiente, haciendo el parte, volví a dictar:

—¡La 58: 40 kilos!

Andrade frunció las cejas:

—¡¿Está usted loco?!

Taché otra vez esos 40 kilos, seguro de no haber sido yo quien los anotara. Sin embargo mi cua- derno estaba siempre en mis manos, y esa escritu- ra era la mía... o admirablemente imitada.

Pero en el nuevo parte de la noche siguiente me sobresaltó el “58: 40 kilos”, otra vez anotado con

números que eran claramente míos, lo que me valió un disgusto con Andrade, que ya no podía dar mucho crédito a mis negativas.

Por cuarta vez se repitió la anotación de 40 kilos al número 58 y esto me llenó de estupor. No soy en absoluto supersticioso, no creo jamás en cosas raras, pero confieso que entonces trastabillé.

Imperativamente le pedí a mi capataz:

—¡Amigo Andrade, hágame el favor, pase estos 40 kilos a la 58 en el parte! ¡Quiero saber si estoy loco o qué es lo que sucede!

Accedió, tal vez un poco impresionado por mi tono sincero, y esa noche el parte fué a la oficina acreditando a la 58 sus 40 kilos, aquel raído que se había secado al sol junto a ella. Amnesia, aberración, locura, cualquier cosa, pero era yo mismo sin duda quien había escrito la cifra 40. Imposible si no. Y era absurdo suponer que el espíritu de la 58 pasara por la romana con su raído. Lo cierto es que después de entregar ese parte sentí un gran alivio: acababa de pagar la deuda a la 58.

De regreso a mi cuarto, ya muy tarde, al encender la lámpara, lo primero que vi fué un ramillete de flores silvestres, un poco marchitas, que alguien seguramente había dejado olvidadas sobre mi mesa. Pero pensé en la 58 y un escalofrío me heló las vértebras. ¡Aquellas flores eran las que me cambiaba por kilos!

Y desde entonces el número 58 de los partes diarios permaneció en blanco.

OLD TOM GIN Y WHISKY

Estoy en el bar del pueblito. Salgo del monte una vez por semana: los sábados. Necesito civilización; ésta está en la mentalidad de las gentes; me canso de vivir entre salvajes. He venido a caballo. Visto bombachas y botas, y llevo al cinto un revólver. Sentado a la mesa junto a una ventana miro en occidente el enorme disco del sol rojo y achatado por la refracción.

Todo anda mal. Misiones sufre. La yerba no vale nada, y la sequía de este año ha estropeado las plantaciones; muchos yerbateros han preferido no cosechar. Ya no se le puede llamar oro verde a la yerba. Pero ¡bah! qué importa, nadie se morirá por eso, y ni siquiera cambiará el aspecto de las cosas ni el carácter de las gentes. El señor Gutiérrez, por ejemplo, no dejará de ser el tonto que ha sido siempre y continuará equivocándose con todo el mundo como se equivocó conmigo. ¿Pero qué importa la amistad de un tonto? Cree que le seduje la hija. ¿Por qué no quiere creer que su hija

se enamoró de mí, sin más complicaciones? Ni así estaría acertado. La deshonestidad de su entendimiento lo lleva a convencerse de lo que le resulta más cómodo a su orgullo. Y lo peor es que su digna heredera también me puso mala cara en cuanto me relegué al silencio para no armar un escándalo que sólo a ella hubiera perjudicado. Gracias a Dios soy pacífico. ¿Y Jacinto Herrera? Ese también se ha enojado conmigo. No tiene un yermal ni tiene una hija, pero tiene un amor propio y una vanidad estupendos. No lo adulé bastante, no satisface su mayor placer, y así no necesita mi amistad. Otro que no me quiere, aunque me estima, es el escultor Céspedes. Tardé en pagarle un servicio desinteresado que me prestó hace poco. ¿Y la hermosa señora de Almeida? Mujer cortejada que yo no cortejé. Me detesta. Hasta la sensata viuda de González, doña Lina, me tiene entre ojos. No quiere creer que yo pueda ver el mundo tal como lo veo, y dice que soy un farsante. Así es la crema de Cionaigsán. Los selectos no están de acuerdo con mis juegos de palabras ni con mi cristal óptico. Pero ¿qué importa? ¿Por qué habría de necesitar satisfacer mi vanidad con la aprobación de estas gentes que hace apenas un año yo no conocía? Este círculo tan limitado no encierra mis aspiraciones de gloria, y mi solaz cotidiano no estriba en la esgrima del flirt ni en el duelo filosófico que habría de sostener con los sabios refugiados en estos andurriales. El mundo no se reduce a Cionaigsán; y a mí me interesa el mundo. Mi vanidad es más elevada, no se satisface con una migaja de pan. Suelo entretenerme observando el juego de pasiones que se desarrolla en el corazón de este pueblito, y más de una vez he tomado parte activa en él, pero su flujo y reflujo, sus

altibajos, su vaivén, sólo me rozan la piel. Mi espíritu, tranquilo, se inclina a la tolerancia y al perdón. Esto pienso mirando el coche de la familia Gutiérrez que pasa veloz frente al bar.

Aquel rojo y achatado sol que me distrajera ya se hundió en la noche, y empieza a afluir gente al bar como mariposas a la luz. Juez de paz, concejales, maestros, administradores de yerbales, tienen aquí su punto de cita los días sábados, y suelen amanecer sobre el tapete verde o el tablero de ajedrez. Todos son amigos míos, amigos de bar, y me siento cómodo entre ellos. Desde mi mesa junto a la ventana veo llegar los coches cuyos faros hacen surgir calles y casas de las tinieblas. De pronto se detiene un camión cargado de gente que ríe y canta. Los reconozco por la voz: son mis antiguos compañeros del establecimiento "María Antonia". Entran como una tromba y dominan con su algarabía. Sólo son siete u ocho pero vienen dispuestos a descargar sus fuerzas contenidas durante la semana. Mueven mesas, acercan sillas, hablan con los del bar de un extremo al otro del salón; Aguerrebere se apodera de la radio y repasa todas las estaciones produciendo una vertiginosa sucesión de silbidos, chirridos, voces cortadas de los speakers y estruendos sinfónicos; Crespi y Ferrario colocan concienzudamente las piezas sobre el tablero de ajedrez, mientras Andrade, Peruchi, Paladio y Batista se desafían a jugar al truco. Martignoni se sienta a mi mesa y pide Old Tom Gin.

El fresco de la noche se hace sentir, y Juanín, el viejo mozo, de pelo cano y sonrisa triste, cierra solícito ventanas y puertas, atendiendo a todo y a todos.

—¡Juanín, vermouth!

—¡Juanín, naipes y porotos!

—¡Juanín, whisky!

Y Juanín esto y Juanín aquéllo, Aguerrebere, con las manos en los verniers de la radio, se siente feliz paseando a través de la extensa gama de broadcastings cuyas resonancias estentóreas parece fueran a hacer reventar el salón cerrado. Entre las risas y las protestas contra el aparato ensordecedor se oyen entusiásticos “trucos” y “retrucos”, jaques al rey, gritos de triunfo, y ruidos de vasos y botellas. Todo esto en medio de una atmósfera opaca, enrarecida por el humo que sale a chorros de todas las bocas. Martignoni llena mi vaso por segunda vez; está empeñado en alegrarme.

Aguerebere sintoniza con un viejo tango y adopta una actitud meditativa, piensa en el lejano Buenos Aires que nunca ha visto. Y, aunque sus circunstancias son distintas, quizá sienta lo mismo que yo. La vaga evocación de esa gran ciudad que no hace mucho he dejado, empequeñece la escena y sus figuras se borran a la luz mortecina del minúsculo bar lleno de humo. Desaparece la importancia de todos esos muchachos bulliciosos, amigos del momento; las mujeres y los hombres del pueblo pierden consistencia, se esfuman, y a Irma, a doña Lina a la de Almeida, a todas, las hundo en las tinieblas de un pasado que olvidé. Ya no escucho el tango, éste también pierde la importancia que le concedí un instante; y termino por no saber en qué punto del universo colocar la visión de mi esperanza. Me siento solo y desamparado; lo que me rodea no existe, y fuera de ello no hay nada tampoco. Martignoni me llena el vaso de gin por tercera vez; su transparencia inmaculada me gusta, y tiene una fuerza de 39 grados.

En el grupo del tapete arrecia el entusiasmo:

—¡Flor y truco!

—¡Quiero y retruco!

—¡¡Quiero y vale cuatro!!

Y la lucha se resuelve en pullas y carcajadas.

—Jaque — dice Crespi con una sonrisa triunfal.

—Y mate — murmura Ferrario con los ojos muy abiertos clavados en su rey muerto.

Me paso la mano por la cara y la alteración del tacto me hace la impresión de tocar una cara ajena. Es fuerte el gin. Se oyen nuevos desafíos y se reanudan los juegos. Mi compañero Martignoni se aburre de mi silencio expectante y va a mezclarse con los otros. Yo soy un estúpido, sí, un imbécil. ¿Para qué vine al bar? ¿Para filosofar? ¡Qué pavada! La verdad es que si ellos no son nada para mí, yo no soy nada para ellos; y si cualquier lugar del mundo es lo mismo para mí, yo soy el centro del mundo; entonces no puede haber otra cosa más importante que lo que me rodea, y según su importancia es mi propia importancia, así que ésta depende de mi voluntad. Abandono mi mesa y me acerco a los jugadores de truco. Camino con la conciencia de que lo hago, tengo que manejar mis piernas; y cuando hablo pienso en mis labios y en la articulación. Es fuerte el Old Tom Gin. Sí, hasta mi mismo gato barcino tiene su importancia en la soledad de mi rancho. Estos muchachos ruidosos son amigos míos, y valen; cada uno esconde un mundo. La atmósfera turbia que ahora los envuelve no debe simbolizar nada. Lo turbio está afuera, corre por las calles y las casas, la envuelve a Irma, y a la de Almeida, y a Lina y a Herrera, y a sus familias, y a todos. Sí, esto es

importante, o debe importarme. Y lo que está mal hay que arreglarlo. ¡Hay que arreglarlo! Se me va la mano y asesto un puñetazo sobre el platillo de los porotos, éstos vuelan.

—¡Eh! ¡Bárbaro! ¡Eh! ¡Eh! — gritan los jugadores. — ¿Qué te pasa? ¿Estás loco?

—Me pasa que estoy contento — contesto, con ánimo de discutir, — y no encuentro razón para reprimirme, ¡qué diablos!

—Vení para acá — me dice Martignoni a tiempo que me toma del brazo y me lleva hacia la mesa de Crespi y Ferrario. — Veamos quién va a dar mate a quién.

A mí me parece que él está más mareado que yo.

Los ajedrecistas nos convidan con whisky.

—¡Juanín, dos vasos!

Minutos después Martignoni insiste en demostrarme que a pesar de la mezcla explosiva de gin y whisky él puede hacer el “cuatro”; mientras yo, con una revolución en el cerebro, me doy clarísima cuenta de que tengo que arreglar el mundo, adquiero la plena conciencia de ello. Conozco la psicología de las multitudes y eso bastará para asegurarme el éxito. Hay que levantar el precio de la yerba y salvar a Misiones. ¿Por qué no he de poder hacerlo si quiero? Y en Cionaigsán hay muchas cosas que arreglar. Esta señora de Almeida me revienta: pues me detesta porque no le hice la corte, y trata de justificar su actitud acusándome de haberme tirado el lance con ella. Dios sabe en qué ocasión. ¿Y doña Lina? No cree en las cosas que le digo, dice que soy un farsante, ¿es posible? A ésta la arreglaré también. ¿E Irma? A Irma tengo que refrescarle la memoria, a las buenas o a las malas,

y a los miembros de su familia tengo que enseñarles a no calumniar a quien los ha defendido siempre. Sí, señor, el mundo anda mal porque no hay un valiente que corrija a estos cobardes. Pero el valiente está aquí.

—¡Sí, señor, un valiente! — exclamo, y de un puñetazo sobre el tablero de ajedrez hago volar las piezas.

Crespi se encrespa y grita, pero Ferrario me agradece con los ojos el haberlo salvado de una nueva derrota. Yo me levanto y noto que camino bien. Martignoni está bailando con Aguerrebere una polka paraguaya, y los otros continúan entusiasmados jugando al truco llenos de humo y alcohol. Me dirijo a la puerta con pasos bien pensados y abandono el bar.

La noche está obscura, no hay luna. Las pocas luces rojizas de algunas ventanas abiertas me guían por el medio de la calle. Me asombro de lo bien que camino; tropiezo pero no me caigo. Voy a lo de Irma, estoy resuelto a poner las cosas en su lugar, ¿qué se ha creído el señor Gutiérrez? Después iré a otras casas y arreglaré a los demás. Empiezo por lo más fácil.

Llego al fin. A diez metros del cerco está la casa. Por la ventana abierta del comedor veo a la familia en pleno, está de sobremesa. Franqueo el cerco sin llamar y entro hasta el comedor:

—¡Nadie se mueva!

Parálisis general. Doña Juana abre asombrosamente los ojos y la boca, pero la cierra en cuanto me llevo un dedo a los labios en un gesto imperioso y digo:

—¡Pts! No es necesario hablar.

Me tiemblan las manos y la voz. A Irma se le

trasluce el terror en sus ojos claros; adivino que me cree enloquecido. El señor Gutiérrez prudentemente no atina a nada. Los demás continúan atónitos.

—¡Vengo a poner las cosas en su lugar! — prosigo, en actitud agresiva, con los cabellos revueltos y las manos crispadas. — ¡No acepto medias tintas! ¡Somos amigos o enemigos!... ¡Y aquí estoy para arreglar esto! ¡Y para hacerle saber, señor cobarde, que usted es incapaz de juzgarme a mí! Y usted, señorita...

—¡Salga de aquí inmediatamente! — me grita el hijo mayor levantándose pálido de ira. El señor Gutiérrez lo imita:

—¡Sí, váyase! ¡Borracho insolente! — y avanza hacia mí.

No debo retroceder ni debo ser brutal. Saco el revólver y ¡¡pim!! y ¡¡pam!! En el pequeño comedor las explosiones son fantásticas, parece que se rompe todo. Doña Juana lanza un alarido y cae desmayada, los hombres retroceden volteando sillas y el señor Gutiérrez se mete debajo de la mesa. Las balas salieron por los vidrios de una ventana. Sigue un silencio terrible. Oigo las respiraciones angustiosas y siento el corazón que me salta. A través del humo de la pólvora distingo los claros ojos de Irma inmensamente abiertos en una súplica dolorosa. Los estampidos me llamaron un poco a la realidad. Ahora no sé qué hacer. Estoy con el revólver en la mano ante un mundo de mujeres y hombres aterrados. Esto es ridículo; hay que terminar de cualquier modo:

—¡Los voy a matar a todos — les grito, — si me calumnian otra vez! ¡Es innoble acusar para

defenderse! ¡No soy un seductor! ¡Y no he engañado jamás a nadie! ¡Y usted, Irma...!

Un enorme peso me cae encima, el cielo se desploma, y al instante me trabo en lucha con dos policías y la familia envalentonada. Se arma un escándalo descomunal completamente imprevisto; por instinto me defiendo: reparto puñetazos, salto, grito, pateo, me revuelvo, hasta que un golpe en la cabeza me hace pensar que es mejor quedarse quieto. En un segundo soy llevado a la calle y sumergido en la noche tranquila.

Dos férreas manos me sostienen a ambos lados. Voy andando. Tengo sed y me duele la cabeza. Mi imaginación es un torbellino. Pienso que no se puede arreglar el mundo. ¡Que se vaya al diablo todo! Y no hay duda de que soy el centro del universo. Y la vida es así; hay que darle importancia para poder vivirla. Gin y whisky y un par de tiros y ya está, se mueve todo; y eso es vida: el movimiento. Hasta el vigilante adquiere importancia. Tendré que pagar los vidrios rotos en lo de Gutiérrez: dos pesos ¡Qué susto se llevó! Mañana iré a asustar a otros; es el remedio. Antes yo era un imbécil, un pacífico; ahora... ¡por la razón o por la fuerza!, y la gente aprenderá a no decir negro cuando es blanco. ¡Y mis amigos? Siguen en el bar. Bailan. ¡Truco, retruco! Martignoni está borracho: hace el "cuatro". Se mueven. Viven. ¡Son unos bochincheros!

Llego a la comisaría. Entro en un cuarto sucio y me acuesto sobre un montón de paja. ¡Uf!, me duele la cabeza: tengo un chichón. Veo remolinos de humo, whisky, tangos, trucos, mujeres, gritos, peleas, tiros, escándalo. Estoy mareado... Tengo sueño... Buenas noches señor vigilante...

Material digitalizado en el marco del Convenio firmado el 5 de Octubre del 2012, entre la Biblioteca Pública De Las Misiones - Centro del Conocimiento y la Biblioteca Popular Posadas, exclusivamente con fines educativos y de investigación.



UNA ENFERMEDAD TERRIBLE

Una vez tuve ocasión de experimentar la soledad absoluta. (Mejor sería decir que aquella vez aproveché la ocasión que había tenido siempre, pues ahora sé que el hecho de “encontrar” la ocasión no fué más que el primer síntoma). Vivía yo entonces en Cionaigsán, Alto Paraná, y me encerré en un rancho, a un cuarto de hora del primer vecino y a dos horas del pueblito. Por supuesto, yo mismo me hacía la comida y me lavaba la ropa, y cada dos semanas salía en procura de provisiones. Me acompañaba Chilín, mi perro, pero su mirada incomprensiva y su silencio parecían agrandar mi soledad total.

Comencé, muy contento en mi nueva vida, por ocuparme en el mejoramiento de mi rancho rodeándolo de curiosos cactus, helechos, orquídeas y otras plantas raras. Después me entretenía en preparar la tierra para siembras, en limpiar de lianas el bosque circundante, en observar la vida de las hormigas, de los termitos, de los longicornios, y

hasta les dediqué mucha paciencia a las peligrosas avispas. De haber continuado en ese tren, creo que hoy sería un gran entomólogo y un gran botánico, es decir, un gran hombre, respetadísimo y tal vez adinerado.

Pero no sucedió como me convenía; pues, en lugar de almacenar datos, clasificarlos, ordenarlos en mi entonces bien dispuesto cerebro, y, en fin, obrar sabiamente, esto es, mirar mucho y no olvidar nada de lo mirado, en lugar de todo esto, digo, aproveché los ratos de ocio para pensar. Y estos ratos de ocio fuéronse prolongando paulatinamente, y tan sin sentir, que un buen día me di cuenta de que ya no me quedaba tiempo para nada. Olvidé los bichos y las plantas raras, abandoné el sembrado y dejó de interesarme el bosque. Y a veces no comía porque no tenía tiempo de cocinar o me quedaba sin víveres. Pensaba y pensaba, inmóvil en mi silla, ante un papel que permanecía siempre en blanco, o andando sin rumbo por los caminos. Tanto anduve que "Chilín" se fué y se instaló sabiamente en casa del lejano vecino donde nunca faltaba carne fresca. Yo presentía que iba a descubrir algo maravilloso en el mundo de la filosofía, pero no sabía qué, me era imposible cristalizar una idea, concretar un pensamiento. Hasta que, naturalmente, me enfermé. Me sentí decaído, tuve fiebre, y me acosté a delirar.

Claro que no recuerdo lo que pensé y dije bajo ese estado de inconsciencia, pero debo suponer que entonces se produjo en mi intelecto la primera concreción de lo que venía elaborando mi subconsciencia. Porque se pasó el delirio y yo me encontré en un mar de pensamientos, claros, precisos, que no admitían réplica; y a poco de pensar

en tales pensamientos, noté que todos provenían de un solo punto, de una base, y esa base era justamente el gran descubrimiento presentado en los primeros tiempos de vida solitaria.

Se trataba, pues, del hallazgo de un nuevo instinto, importantísimo, como que resulta ser el que rige la vida del hombre con mayor tiranía que los otros; es decir, a él, exclusivamente, obedecen todos los actos del hombre que no responden al de propia conservación ni al de conservación de la especie. Y a mi nuevo instinto lo llamé instinto de "superación". Ya habló Schopenhauer del instinto de "existencia", y Nietzsche funda su filosofía en el de "potencia"; pero dichos pensadores, los más próximos a la verdad en este punto, sólo lo han rozado, sólo han visto una parte de esta verdad. Lo mejor que dijo Nietzsche es: "¡Oh Sol, qué sería de tu felicidad si no tuvieras a quien iluminar!" Pero luego, toda su obra y su vida fueron una negación de su visión clara de ese instinto.

En pocos días pude elaborar un sistema con esos tres elementos, y me fuí al pueblo ávido de discusiones. Necesitaba enfrentarme con espíritus filosóficos, con esa gente dispuesta siempre a contradecir lo que oye y a buscar minuciosamente el argumento que ha de destruir la idea ajena. Encontré en el bar de Cionaigsán a mi antiguo amigo Crespi, hombre ideal, capaz de aguantar dos horas de discusión sin tratar de estúpido al contrincante.

—¿Qué tal, Crespi?

—¡Hola, Pablo! ¿Dónde estabas metido?

—Mira, vengo a decirte un asunto muy impor-

tante para mí y para la humanidad; tendrás que demostrarme que estoy equivocado.

—¿A ver?

—Ahora puedo decirte porqué haces lo que haces, y enseñarte el porqué de todos tus actos.

—¡Déjate de historias raras! Vení, vamos a tomar una cerveza; ¡mozo! ¡cerveza!

—¡No, no, esto es serio! Mirá, el hombre posee tres instintos, nada más. Dos rigen su vida vegetativa, y el otro es el único motor de toda acción que tienda hacia el progreso.

—Eso me parece poco instinto y mucha acción: demasiado simplista.

—Primero déjame hablar. Es sabido que al instinto de conservación corresponden los actos tendientes a defender y asegurar la vida, y al de conservación de la especie pertenece el amor en todas sus formas, y los actos que se relacionan con él como fin. Pero todas las demás acciones, absolutamente todas, obedecen al instinto de “superación”.

—¿De quéee?

—De superación.

—¡Tomá, tomá tu cerveza!

—¡Sí, señor! Y todo lo que el hombre hace lo hace por instinto...

—Entonces, ¿para qué pensamos?

—La inteligencia no es más que un instrumento del instinto y fabricado por él. Y este instinto se satisface únicamente cuando uno puede decir: “yo soy mejor que otro”, “yo puedo más que otro”, “los demás saben que soy, que valgo, que puedo”. En una palabra: el instinto de conservación se satisface cuando podemos decir: “estoy có-

modo"; el de conservación de la especie: "me aman"; y el de superación: "me admiran".

—Tal vez, pero eso no significa que todo lo que hacemos sea para satisfacer tales instintos.

—Sí, absolutamente todo.

—¡Pero hombre! Acabo de escribir una carta a un amigo por el gusto de escribirle, por hablar con él, porque es mi amigo. ¿Me dirás que...?

—Sí; se escribe una carta, no precisamente por necesidad de hablar a la persona a quien uno se dirige, sino por necesidad de que esta persona se acuerde de uno; queremos siempre hacer sentir nuestra personalidad. Los hombres famosos no escriben cartas, porque los lee de continuo y se acuerda de ellos todo un público. Y esa es la satisfacción que exige "mi" instinto. ¿Querés saber lo que es la bondad? Es una manera de obtener la aprobación de otros, es decir, el beneficio propio. Nadie es lo bastante inteligente como para darse cuenta del interés que pone en las acciones más desinteresadas. Mirá, toda acción exige una recompensa; sólo que ésta se disfraza con el nombre de "agradecimiento". Y exigir una u otra cosa, que al fin es lo mismo, es sentir la necesidad de que se manifieste nuestra importancia, nuestra personalidad, que se le reconozca algo bueno y se la respete o admire, y todo es instinto de superación. ¿Que qué es cariño? Muy claro: es la dedicación a convertir en deudora de cuidados y atenciones a la persona importante. E importante es la persona que según su saber, su carácter, su inteligencia o sus posibilidades nos resulta o podría resultarnos útil para el mejoramiento de nuestra vida. La amistad, la sagrada amistad, no es otra que un estado de recíproca satisfacción de la vanidad; pues

bastaría que yo te dijera que no creo en tu inteligencia, para que me detestaras. ¿Y el amor, el divino amor "espiritual" que tanto ahoga a los poetas y a la mayoría de los hombres? Es el simple efecto de una feliz combinación de la atracción sexual con la amistad, y ésta ya sabes lo que es. En fin, sin el instinto de superación nos faltaría el único motivo de progreso; ya no nos importaría ser mejor que nadie, y no haríamos el menor esfuerzo por mejorar.

—Pero a todo eso podrías llamarlo egoísmo y ya está.

—Egoísmo, amor propio, vanidad, ambición y todos los otros aspectos no son más que formas o efectos o manifestaciones del instinto de superación.

—¿Y el altruísmo?

—El altruísmo es una especulación, consciente o inconsciente, que puede obedecer a cualquiera de los tres instintos.

—¿Y dónde dejás el arte?

—¡Ah, el arte! El hombre ha querido siempre hacerlo causa de su diferenciación con el estado animal, sin darse cuenta de que el Arte es inherente a la Vida, es la hiperestesia de la sensación de vida, nace con ella y tiene su misma naturaleza. De lo contrario, las mariposas carecerían de colores, las flores no competirían en belleza y la armonía de la línea sería un hecho casual en el mundo. El sentimiento del arte es el sentimiento de la vida; y todo lo que vive es sensible a la belleza, siente el arte. Sólo el hombre, eso sí, está dotado del poder de exteriorizar inmediatamente sus sentimientos artísticos; lo que hace por medio de sus manos y de su intelecto. Los vegetales y los anima-

les, en cambio, reciben la inspiración del espíritu de la especie, y ésta realiza en sí misma la obra de arte, por medio de la evolución en muchas generaciones. Pero sin el instinto de superación, el hombre no realizaría nada. Y prueba de ello es que ningún pintor deja de firmar sus cuadros, ningún músico sus composiciones, ningún artista su obra. Un científico busca la solución de un problema universal y se encierra en su laboratorio, silenciosa y modestamente, (la comprensión y admiración del pobre pequeño mundo que lo rodea es poca cosa para satisfacer su instinto; es decir, su ambición es mucho más elevada); estudia día y noche, se quema las pestañas, todo en bien de la humanidad; halla al fin la solución buscada, la firma, la lanza al gran mundo científico, y goza de la gloria, esto es, de la admiración de los grandes, con la cual queda satisfecho el instinto de superación. Y así es todo; la inteligencia, instrumento creado por el instinto, obra a su servicio, inconscientemente, y con la idea de trabajar exclusivamente en bien de la humanidad sólo obedece al instinto, cuya tendencia es el bien exclusivo del individuo. Y así, por consecuencia, progresa el género humano, a la manera de Nietzsche y no a la de Jesús.

—A propósito, los mártires del Cristianismo, los que se sacrifican por una idea y los ermitaños que renuncian al mundo, ¿dónde tienen tu egoísta instinto?

—No hay mártires sin testigos, no hay sacrificio sin esperanza de recompensa, y el ermitaño espera una vida mejor en el otro mundo porque fracasó en éste. Nadie es capaz de soportar la soledad definitiva sin la idea de un Dios que lo esta mi-

rando. Los grandes ateos llegados a la gloria se convierten poco antes de morir porque necesitan de una mirada superior cuando la mirada del mundo les resulta pobre y ya no satisface su ambición. Los millonarios incultos llegan fatalmente al hastío porque han fundado su ideal de gloria en la riqueza, y fuera de ésta no poseen nada que pueda prolongar y aumentar la atención y admiración de los demás. Hastío es la desazón producida por el instinto de superación no satisfecho. Es también la pérdida de la esperanza de satisfacer ese instinto.

—Déjate de frases, que así es fácil tener razón aparente...

—Bueno, aquí termino. Sin el instinto de superación no existirían el deporte, ni la radio, ni las bellas artes, ni la guerra, ni la literatura, ni el lujo, ni nada. Es un instinto social por excelencia, porque sólo actúa en el hombre frente a otros hombres; y podríamos llamarlo “instinto de la vanidad”, como así también “fuerza motriz del progreso humano y de la evolución de las especies”. Es el motivo de todo; hasta es la primera causa del cambio de ideas entre los hombres, y es la causa de nuestra conversación de ahora: a vos te satisface que yo te considere capaz de comprender, y yo satisfago mi vanidad demostrándote que sé pensar. Sin él la reunión puramente social no tendría explicación.

—Me está pareciendo que has descubierto algo maravilloso: un “comodín” que te sirve para encontrar la causa de todo. Así que no te discuto. Tampoco podría discutirte eficazmente si se te ocurriera afirmar que la vida es sueño; y vos no tendrías argumentos terminantes para negar que

tu tesis es razonada, que es obra del intelecto, y que el intelecto está mucho más lejos de la verdad que el sentimiento y la intuición.

Después de otras frases parecidas que me cortaron la palabra, me encaminé a mi casa convencido de que yo tenía razón. La vida era un perfecto mecanismo. No existía la libertad de acción. Los mejores actos eran originados por una causa bajamente egoísta. La bondad, una especulación; el desinterés inmediato, un interés ulterior; el noble deseo de saber, una necesidad fisiológica de ser admirado; la gloria, la satisfacción máxima de un bajo y miserable instinto; y así todo el resto.

Me encerré en mi casa y me crucé de brazos. No tenía fiebre, pero la sentía. En un momento se me había derrumbado una pirámide de ideales y yo me vi en un desierto limitado por la muerte. Todo mi pasado había sido una lucha estéril, y mi porvenir era un vacío lleno de cansancio.

Ese día no cociné y comí pan seco. Nada podía hacer; cualquier idea o iniciativa, cualquier deseo, cualquier movimiento era de inmediato paralizado por el análisis. Yo me decía "á quoi bon?" y me sumía en la nada. De sentado en la silla pasé a acostarme en la cama. Y al cabo de tres días caí extenuado.

.....

Presa del delirio febril contemplé en el techo de mi rancho un horrible derrumbe de montañas y castillos y vi el incendio de Roma; luego la palabra "destrucción" se grabó en mi retina con la insistencia de una locura. Y poco a poco fué apareciendo en mi espíritu, por natural rebelión nacida de no sé qué instinto, la idea de que la ver-

dad no puede ser pensada sino sentida; que el valor de la vida está en vivirla; que el universo es grande porque se siente a sí mismo; que la belleza existe, porque la sentimos; y que el amor es amor al fin, cualquiera sea su causa. Con estas ideas me levanté, penosamente, y tras una breve convalecencia pude erguirme de nuevo ante una Naturaleza límpida, llena de luz y desbordante de espíritu constructivo. Después, abandoné para siempre la maldita casa solitaria.

En el bar del pueblo encontré a mi amigo Crespi.

—Tenés razón, la razón no vale nada — le dije, — porque es un elemento destructivo cuando se la abandona a sí misma.

—Te felicito, estás curado. ¡Mozo, cerveza!

Estas palabras me trajeron a la mente la idea de que acababa de salir de una enfermedad terrible.

Pero aún no estoy curado del todo: en el momento de terminar este relato pienso en que lo escribo y lo firmo por... por aquel instinto.

**APUNTES
DEL
ALTO PARANA**

Material digitalizado en el marco del Convenio firmado el 5 de Octubre del 2012, entre la Biblioteca Pública De Las Misiones - Centro del Conocimiento y la Biblioteca Popular Posadas, exclusivamente con fines educativos y de investigación.



EL TIGRE

Entre los puertos de San Ignacio y de Santa Ana, a igual distancia de uno y otro, desemboca el caudaloso arroyo Yabebirí; y frente a su ancha barra, en medio del Paraná, coronada de palmeras y vegetación hirsuta, se levanta a varios metros sobre el nivel del agua la rocosa Isla del Toro. Por allí, el lado paraguayo presenta el desolado aspecto típico del alto y obscuro monte sin solución de continuidad, y la costa argentina es también un matorral tremendo, aunque más bajo y salpicado de uno que otro rancho.

Una vez, un jaguar vagabundo, aburrido de causar estragos en la jungla paraguaya, quiso mudarse a la Argentina, y se echó al río. El violento Paraná lo arrastró aguas abajo entre remolinos y más remolinos que le hacían perder el rumbo y lo cansaban. Hasta que el intrépido animal fué a dar contra la Isla del Toro. Después de recobrase la

exploró en todos sentidos y encontró que sólo se trataba de una tabla de salvación desierta de comida. Durmió un rato, recuperó fuerzas, y reanudó la peligrosa travesía, siempre arrastrado por la corriente y hundiéndose en los remolinos.

Un marinero del resguardo de Santa Ana que tenía vista de lince y en ese momento escrutaba la lejanía hacia el lado de la isla, dió la voz de alarma:

—¡Hombre en el agua!

Y en seguida zarpó una chalana con dos marineros. A todo remo se dirigieron al encuentro del naufrago que bajaba rápidamente a la deriva.

Pero ya estaban demasiado cerca cuando uno gritó:

—¡Peteí yaguareté, añá membuy!

En pocas brazadas el tigre alcanzó la embarcación. Un marinero le descargó un remo en la cabeza. Al primer zarpazo voló el remo, y con otro zarpazo a la borda el ágil animal se embarcó en la chalana, al tiempo que los marineros, simultáneamente, zambullían y a todo brazo escapaban hacia la costa.

Poco después la tripulación de la lancha "María Elena" contemplaba el espectáculo de ese terrible navegante solitario que se relamía de gusto y esperaba tranquilo arribar a buen puerto en su frágil canoa.

Demás está decir que el pobre jaguar terminó acribillado a tiros desde la lancha.

HORACIO QUIROGA Y EL ANANAS

Horacio Quiroga había conseguido difícilmente unos cuantos brotes de una rara especie de ananás brasilero. Entre otros informes sobre la fruta te-

nía el dato de que esta variedad era la más rica del mundo. Así que Quiroga plantó aquéllo con pinzas; lo abonó, eso sí, con lo que se abonan todas las plantas, y lo regó, creo, con una regadera comprada de ex-profeso. Las plantas, claro, tratadas como millonarias, prendieron toûas. Pero no tanto como para que Quiroga se conformara. Las miraba, las tocaba, las regaba, les removía la tierra, una y diez veces por día. Y no sólo para asegurarles la vida las sacudía tanto, sino para que crecieran pronto y fructificaran de una vez; estaba ansioso por probar esa fruta que parecía era un ananás digno del rey más exigente.

Pasó un año, y las plantas crecieron. Y los cuidados que soportaron hubieran hecho florecer a un liquen... o morir a un yuyo. Una vez se le fué la mano en la dosis de abono y las pobres plantas palidecieron y Quiroga se llevó el susto más grande que se llevara en su vida. Entonces cambió de régimen y las hizo revivir. Pero en otra ocasión ocurrió algo terrible: Quiroga tuvo que ausentarse a Posadas, y no sé qué asunto inesperado lo retuvo allí dos días. Era pleno invierno. Heló esa noche como nunca había helado. Y las plantas, que quedaron descubiertas, se secaron. Cuando Quiroga regresó y vió aquello quiso morirse. Pero pasada la desesperación resolvió, por si acaso, redoblar los cuidados y someterlas a mil experimentaciones, ¡y resucitó una!

Esta fué tratada como sólo se puede tratar al hijo único. Creo que Quiroga ya no dormía por pensar en la planta. Hasta que la planta floreció. Y esa nota roja era un signo vegetal de agradecimiento que llenaba de orgullo y alegría el alma del cuidador.

Pocos meses más y la fruta estaría madura. Qui-

roga saboreaba ya, con la imaginación, el deleite que pronto habría de experimentar comiendo ese riquísimo ananás que nadie en la región podía conocer; pero le satisfacía aún más esa coronación magnífica, esa espléndida fruta que era el fruto de tantos y tan largos cuidados y desvelos.

No se sabe si fué a causa de los cuidados prodigados a la fruta en maduración o por otras causas, que Quiroga descuidó su persona y se enfermó; una fuerte gripe lo tendió en cama por mucho tiempo. ¡Y en ese momento el ananás llegó a su punto! La fruta resplandecía de madura, había que comerla, no se debía esperar más. Y entre estornudo y estornudo, con el olfato y el gusto obstruidos por el resfrío, Quiroga tuvo que comerse el riquísimo ananás. ¡La fruta más sosa y más amarga que comiera en su vida!

LA LEYENDA DEL TEYUCUARE

Conocido es en el Alto Paraná el Cerro de la Reina Victoria, cortado a pico sobre el río, y en cuyas aristas se puede ver desde un barco y con ojos de turista el perfil de la reina Victoria de Inglaterra. Al lado de este cerro, a unos doscientos metros, hay otro cerro de igual altura y parecida conformación, y entre los dos cerros hay, naturalmente, una quebrada. Internándose un poco por dicha quebrada, al llegar a la altura de unos cincuenta metros, se halla una gruta que presenta todo el aspecto de un refugio de animal antediluviano. Y enfrente, en la costa paraguaya, desemboca un arroyito cuyo curso descende en zig-zags regulares. La región se llama Teyucuaré.

Un día, andando en busca de orquídeas, me interné por la boscosa quebrada y llegué a la musgosa gruta; y escudriñando sus rincones encontré un objeto que, a primera vista, me pareció una uña gigantesca que habría pertenecido a algún animal prehistórico. Pero después de examinarla descubrí que se trataba de un casco de caballo que quizá fuera el resto del banquete de una onza. No obstante la poca importancia del hallazgo, guardé el casco; y más tarde se lo mostré a mi vecino don Luis Bade, hombre de probada erudición y curioso por todas las cosas raras. Lo observó pensativamente, me miró con gesto seguro y dijo en tono misterioso:

—Esto... esto es una escama del dragón, *teyú*, que en otros tiempos habitó una cueva, *cua*, y que ya no es más, *ré*: *teyú-cua-ré*. Este dragón vivía tranquilamente en su gruta, y desde allí atisbaba de continuo el jirón de río que limitaban los altos paredones de los dos cerros. De vez en cuando un guaraní en su piragua se aventuraba a navegar por la región, y entonces, al enfrentar el indio los dos cerros, el horrible *teyú* descendía por la quebrada con la violencia de un huracán y se lo comía con piragua y todo. Así se alimentaba el dragón. Siempre había indios que comer, porque ninguno regresó para contar lo sucedido. Y esto duró largos años. Se sabe que en una ocasión el animal vió aparecer su presa frente a la quebrada y, como de costumbre, se lanzó sobre ella, pero le costó mucho engullirla; era no ya una piragua sino una gran canoa con cinco hombres blancos, muy gordos y vestidos de negro. Esta vez el *teyú* se dió un atracón de jesuítas de la reducción de San Ignacio.

“Pasaron los años. Hasta que una noche se oyó un extraño rumor que espantó a los yacarés y enmudeció a las aves nocturnas. El ruido aumentó rápidamente y llegó a oírse un fragoroso rechinar de hierros y tremendos resoplidos acompasados. La jungla quedó en suspenso. El dragón, enfurecido, esperó en su gruta a que el enemigo enfrentara la quebrada. Llegó el momento, descendió hacia el río en carrera aciclonada... y fué a estrellarse contra el primer barco a vapor que rugiendo y echando chispas remontaba el Alto Paraná. Entonces, dolorido y avergonzado por la derrota, cruzó el río para internarse y esconderse en los bosques del Paraguay, y con la cola trazó el cauce en zig-zags de ese arroyo que desemboca frente a los dos cerros del Teyucuaré.

EL FANTASMA

Contaban las lenguas que en el tramo de camino entre el Puerto de Santo Pipó y el arroyo Ñacanguazú, donde está la balsa, solía aparecer un fantasma horripilante: un cura sin cabeza, es decir, una sotana que caminaba.

En aquel tiempo explotaba los montes de Ñacanguazú don Isaac Garrido, antiguo y conocido obrero del Alto Paraná, hombre de hierro y hecho a todas las contingencias del duro ambiente, pero, como siempre ocurre con estos hombres, crédulo en lo que huele a misterio y temeroso de lo incomprendible.

Un buen día Garrido montó en su mula y se largó rumbo a San Ignacio, donde residía su familia. El balsero Sanabria lo puso en la otra ori-

lla del Ñacanguazú, y nuestro hombre continuó su camino, despreocupado y silbando bajito.

En eso Garrido levantó la vista y se le erizó el pelo: ¡un cura venía a pie, por la picaña! ¡El fantasma!

Sacó el revólver, y apuntando gritó:

—¡Alto!

El fantasma se detuvo, abriendo tremendos ojos. Garrido notó entonces que esta sotana que caminaba tenía cabeza.

—¡No se mueva porque le tiro! — insistió.

El cura, tan asustado como Garrido, suplicó con las manos levantadas al cielo:

—¡No me mate, señor, usted me ha confundido!

—¡No se mueva porque le tiro! — gritaba Garrido con la voz temblorosa y los pelos de punta. ¡No se mueva porque le tiro!

—Soy el cura de Corpus, señor Garrido, y no he hecho mal a nadie, no tiene por qué matarme.

Entonces Garrido, que sólo había podido ver una sotana que caminaba con una cabeza que hablaba, al oír su propio nombre, trató de hacer coraje y, siempre apuntando, se acercó al cura.

Al llegar junto a él, reconoció que efectivamente se trataba del cura de Corpus.

—Sí, amigo — explicó éste — me metí en el barro con el coche, a unos cuatrocientos metros de aquí, y voy a ver si Sanabria me saca del pantano.

Y se alejó a pasos rápidos con el corazón batiente, y seguro de que Garrido se había vuelto loco.

Y Garrido se fué, pensando que por un pelo no se lo había llevado el terrible fantasma.

TRAGEDIA

—¡Dame trabajo, patrón; cualquier trabajo; le pido por favor!... ¡Ando solo, señor, y necesito olvidar!...

El rostro desencajado y el fuerte olor a aguardiente demostraban sinceridad. Acababa de salir del boliche donde había tratado de ahogar sus penas en el fondo de los vasos.

—Ahora ando solo — continuó con tristeza en el gesto, — pero aquí donde usted me ve, yo tenía mujer y dos hijos. ¡Era lindo, patrón! Vivíamos todos juntos, y claro, tomaba poco, y trabajaba bien. ¡Pero ese alemán!, ¡ese alemán! ¿Sabe? Era sucio, y tenía olor feo; ¡era un bicho sucio que no valía cinco centavos! Yo tenía lástima de él, y comió en mi casa muchas veces. ¡Y cómo comía! ¡Y qué olor tenía! Hasta que se compró una camisa de mongol, se peinó con no sé qué grasa, se perfumó todo de arriba hasta abajo y se puso botín nuevo. Y tanto hizo, tanto hizo, que al fin se llevó de mí mi mujer y las criaturas. Sí, señor, la llevó. Yo quise matarlos a los dos. Pero mi mamá, que ya es vieja y muy letrada, me atajó, y me dijo que yo había recibido la vida de ella, que yo había recibido la vida de una mujer, y que yo no podía matar una mujer. Pero quiero sacar de ella los hijos para que los inocentes no conozcan ese mal ejemplo. Y no puedo; no puedo sacarle porque tengo que matarle, y eso no quiero. Entonces resolví dejar tapera mi casa, irme lejos para olvidar todo, esa mujer no vale nada. Y nunca vi más. Pero... ¡pero no puedo olvidarme de ella, patrón! ¡Me acuerdo siempre de ella, la veo paten-

te, está en todos lados! ¡Y yo ando solo y triste por el mundo!.. No puedo olvidarme!...

El hombre lloraba. El alcohol le reavivaba el pasado en lugar de ahogarlo. Le pregunté, constricto:

—¿Cuánto tiempo hace que se fué su mujer?

—¡Ayer de noche, patrón!

Y, bamboleándose, se encaminó de nuevo al boliche.

EL BARRIL

Era de noche. Un barril de caña flotaba a la deriva; bajaba por el río crecido, sin que nadie lo viera.

Esa misma noche Joaquín Rojas estaba pescando en la Isla del Toro, frente a la desembocadura del arroyo Yabebirí.

Amaecía, y don Joaquín, sentado en la arena de la playa, penetraba con su vista de lince a través del vapor de la superficie y escudriñaba el horizonte. Alguna viga, algún huaviró, alguna buena tabla; todo se podía esperar; la creciente era fuerte y arrastraba cuanto había en las playas.

De pronto, los ojos de don Joaquín se fijaron en un punto: el barril.

Su casa estaba allí nomás, en la ribera, cerca del puerto de Santa Ana, pero ésa no era hora para llevarse a su casa un barril; los marineros del Resguardo podrían verlo. Y él solo no iba a conseguir empujar el barril de caña barranca arriba y esconderlo entre los matorrales. Tuvo que llamar a su hijo y a un vecino; y entre los tres escondieron el valioso hallazgo en la costa argentina, a unos quinientos metros de la casa de don Joaquín.

Acto seguido se procedió al reparto, y cada cual se llevó en botellas y damajuanas parte de lo que le correspondía.

Pero el vecino, que era buen indio y las mataba callando, parece que quedó desconforme; y fué él sin duda quien denunció el hecho a las autoridades del resguardo.

... ..

De Santa Ana salió una canoa cargada de "autoridades" en busca de don Joaquín. El oficial en jefe despedía chispas por los ojos, pero estaba seguro de hacer caer mansito a Rojas en las sutiles redes de su trampa. Llegó a casa del contrabandista y le dijo:

—Vea, amigo, queremos pescar, y usted nos va a enseñar lo que usted sabe, porque sabe más que nosotros. Vamos ahora. Traemos espinel y líneas.

—Vamos — contestó don Joaquín, siempre bien dispuesto. Y en su propia canoa, él y su hijo, siguieron de cerca a los marineros.

Y éstos fueron a detenerse justamente en el punto donde se encontraba la caña. Entonces don Joaquín olió la verdad del asunto y se confió a la improvisación.

Los marineros prepararon sus líneas y el espinel.

—¿Tiene caña, don Joaquín? — preguntó el oficial. — No vendría mal que nos convidara...

—¡Cómo no! Y de la mejor — respondió el hombre. Y en voz baja ordenó a su hijo:

—Trae de casa cinco litros, vasos y una mortadela.

Mientras el muchacho fué y vino, don Joaquín habló continuamente de los aparejos, las líneas, las

redes, los espineles, los anzuelos, y lo entretuvo con mil explicaciones y preparativos para pescar el salmón, la boga y el manguruyú.

Llegó el hijo con la caña, la mortadela y muchos vasos. Se formó un círculo alrededor de la damajuana. A cada uno se le dió un buen vaso de caña y un gran trozo de mortadela; ésta era de primer orden, y la bebida excelente. Y don Joaquín comenzó un interesante relato de aventuras de contrabandistas, interrumpiéndose a cada instante para llenar los vasos de los demás y simular llenar el suyo. Esa caña era capaz de marear una piedra, tenía una fuerza alcohólica de 53 grados. De manera que el efecto en la cabeza de los marineros fué mayor de lo que esperaban y también tomaron más de lo que creían.

Y sucedió que cuando a don Joaquín se le agotó el tema y los marineros quisieron levantarse para buscar el barril, éstos se tambalearon y cayeron blandamente en los bondadosos y robustos brazos de aquél. En un santiamén fueron cargados y estibados en la canoa.

Y mientras el hijo remaba con la carga borracha hacia el resguardo, don Joaquín, silbando bajito, se entretuvo en vaciar el barril en damajuanas y acarrear a su casa el precioso botín.

EL PERRO MUERTO

Frente al Teyucuaré, en la costa paraguaya, viven dos vecinos que se llevan muy mal desde hace largo tiempo. Uno se llama Schmidt y el otro Penzkofer; dos gringos de ley. Y siempre andan a tira y afloja debido a que Schmidt tiene solamente plantas y Penzkofer solamente animales; pues estos ani-

males ya saben que en la chacra vecina hay buenas verduras, y en cuanto pueden saltan el alambrado, o lo rompen, o aprovechan una tranquera dejada abierta por descuido, para darse un atracón de maíz, mandioca, repollos y lechuga; y en seguida sobreviene una gresca con características de guerra civil (porque el uno es hitierista y el otro no).

La última batalla, de la que fuí testigo, tuvo una gestación lenta y silenciosa, pero palpitante. Uno de los perros de Penzkofer fué a merodear una noche por la casa de Schmidt. Este lo sorprendió y le pegó un tiro. Y a modo de advertencia, para que el dueño atara sus perros en lo sucesivo, arrojó el perro muerto al terreno de Penzkofer.

Pero al día siguiente, Schmidt descubrió que el cadáver había vuelto a su terreno. Entonces, furioso agarró el perro y lo hizo pasar nuevamente el alambrado, ahora con más fuerza. Penzkofer encontró a su vez el perro y volvió a tirarlo a la chacra de su vecino. Y éste, en cuanto lo vió, sin decir palabra lo arrojó de nuevo al lote de Penzkofer. Y así, cada día aparecía el cuerpo en casa del otro vecino. Hasta que el animal se pudrió, y ya no era necesario verlo para saber en cuál de los terrenos había pasado la noche. El olor era insupportable. Sin embargo, ninguno se rendía, y el silencioso duelo continuaba, la osamenta iba y venía todas las noches esparciendo sus osanos a ambos lados. Schmidt se había construído una pala especial para el caso, y Penzkofer se servía de unos maderos para transportar la carroña sin perder ningún trozo podrido. Al fin, cuando del animal no quedaba más que los huesos y un poco de cuero, Schmidt y Penzkofer se encontraron cara a ca-

ra, alambrado de por medio, y se lanzaron uno a otro, alternativamente, con todas sus fuerzas, los restos mortales del perro, hasta que éstos se demararon por completo y se perrieron desparramados en el pasto. Entonces los contendientes estallaron en gritos terribles, se armaron de sendos palos y se dieron una paliza que el lector puede imaginarse.

DISCUSION

El tremendo huracán que estropeó San Ignacio tuvo también sus caprichos, como todos los huracanes. Después de voltear casas y dejar intacta la iglesia, se fué un poco más allá y arruinó las ruinas de San Ignacio, dejando también intacta la pared más alta, la más bamboleante, frágil, insegura y equilibrista, pero que es justamente la que ostenta, ya casi horrada, la imagen de San Ignacio de Lovola. ¿Milagro?

Esto fué el divino motivo de una de las más diabólicas discusiones de post ciclón. El cura católico y el pastor evangelista de ese pueblo casi se comen mutuamente. Se sabe que el asunto terminó mal, pero hay versiones diferentes. Unos dicen que el cura perdió la sotana; otros aseguran que el pastor quedó tan distinto que sus ovejas no lo reconocieron. Sólo existe un perfecto acuerdo sobre cómo se produjo la cuestión: Fué así:

—Es bueno que usted sepa, señor pastor — dijo el cura — que Dios envió este ciclón para castigar al pueblo por su desvío hacia una religión falsa; prueba de ello es que respetó mi santa casa, la iglesia.

—Señor cura — contestó el pastor — sepa usted

que Dios no castiga con palo ni piedra ni ciclón; un ciclón sólo puede ser enviado por el diablo, y el diablo respetó, naturalmente, su propia casa, la iglesia en que usted vive.

Y acto seguido se armó la batahola.

NARANJERO

Hace poco se me ocurrió hacer un gran negocio: la compra y venta de naranjas. ¡Por qué se me habrá ocurrido meterme en tal aventura! Pero, en fin, ya está hecho; y juro no reincidir. Sólo que el asunto es pintoresco, y vale la pena relatarlo.

Decidido a comprar naranjas a \$ 2 el millar y venderlas a 6 pesos, tuve que poner mi esperanza en el Paraguay, y me largué en mi canoíta hacia un naranjal bien cargado que doraba el sol en la vecina orilla. Traté con el dueño, conchavé un peón y comenzó el despojo. Por la tarde me puse a cargar; y apenas hube cargado unas dos mil cuando noté que la línea de flotación ya llegaba a la borda. Mi caona era demasiado chica. ¿Qué hacer? Descargué, crucé el río, y pude alquilarle a un vecino no muy alejado una gran canoa donde cabrían bien diez mil naranjas. Y vuelta al Paraguay.

Al día siguiente por la noche quedó la canoa cargada con las diez mil naranjas. Y, sigilosamente, al amparo de la obscuridad, puse proa a la Argentina.

Pero faltaba un requisito: el certificado de venta, con el que habría de comprobar ante la autoridad marítima que mis naranjas eran argentinas. Atraqué, entonces, en mi casa, que está a la orilla, y de madrugada, salí a caballo en busca del amigo que iba a salvarme con su firma. A medio día lo

encontré y lo hice firmar, (no digo su nombre para que no lo lleven preso). Y largué amarras.

A las dos horas de flotar a la deriva, llegué a Santa Ana. Allí debía presentar mis documentos para obtener el "pasavante", otro documento sin el cual no podría desembarcar en Posadas. Pero el oficial del resguardo de Santa Ana, me dice: "Espéreme un momento". Y se va. Yo espero. Ya eran las 5 o las 6 de la tarde. El cielo comenzó a anunciar una tremenda tormenta; relámpagos por todas partes. Y no volvía el oficial. Entonces me embarqué de nuevo y me fuí.

Tuve que refugiarme en el arroyo de La Mina para no naufragar. Allí se mojaron las naranjas, y yo dormí en la arena, con bastante frío. Mi peón trató inútilmente de encender fuego. Luego paró la tormenta, se compuso el cielo, amainó la marejada, y pude continuar viaje hasta Posadas.

La playa destinada para desembarcadero de las chatas que traen leña y frutas, parecían una ciénaga, y no había más remedio que remangarse los pantalones hasta la cintura, o sacárselos. En la subprefectura no me permitieron desembarcar la carga por carecer del "pasavante", y me mandaron a la Aduana. Allí se me exigió una solicitud en papel sellado. Como yo no sabía hacerla, recurrí a la casa "Espíndola", donde conocen al dedillo los tejemanejes de la navegación y donde un amable y solícito empleado me sacó del apuro. De nuevo en la Aduana se me exigió un fiador solvente. En vano protesté a todo grito. No me hicieron caso. Me dejaron gritar y eso me dió rabia. No hubo más que salir en busca de un fiador. Por fin encontré a mi amigo Machón. Pero ya era tarde, la Aduana estaría cerrada hasta las 17 horas.

Esa noche quedó todo arreglado. Lo malo fué que al día siguiente empezó a llover de nuevo, y las pobres naranjas ya estaban cansadas de mojarse y de esperar en la canoa. Llovió durante todo el día. No se pudo vender ni una. Al siguiente día hizo frío, un frío de todos los diablos; y, claro, la gente no quiso comer naranjas, y las naranjas no salían de la canoa. El tiempo pasaba, y las naranjas se pudrían.

Tres días más tarde abandoné el enfangado puerto, decidido a liquidar de cualquier manera, y vendí al ferrocarril, a las fruterías y a los particulares a precio de costo. Y no vendí mucho, porque la mitad se había podrido.

¡Lindo el negocio de las naranjas!

CONTRABANDO

Hay en cierto punto del Alto Paraná (que no menciono para no poner sobre aviso a la policía marítima) una bolichera gorda y otra bolichera flaca que son vecinas y tienen sus respectivos boliches en la costa paraguaya. Demás está decir que la bolichera flaca le hace una competencia ruinosa a la gorda, y que la gorda le hace una competencia ruinosa a la flaca. Pronto la gorda va a quedar flaca como la otra, y la flaca no tiene miras de engordar a pesar de sus esfuerzos. Las dos han entablado una lucha sin cuartel. Una emplea la calumnia y la difamación, y la otra le hace un proceso; y policía aquí y policía allá; la gorda deja sin comer a sus perros para que éstos asalten el boliche de la flaca; la flaca mata los perros de la gorda; y vuelta la policía. La gorda, que no quiere perder carnes, llega a afligirse mucho, y en su de-

sesperación recurre a la denuncia. Entonces la policía marítima se apostó en la costa argentina, y son apresadas la flaca y la gorda, porque ésta es todavía más contrabandista que la otra. Lo malo es que tanta denuncia ya está cansando a la policía, porque tiene que trabajar mucho para nada. Yo tuve ocasión de presenciar uno de esos episodios infructuosos. Fue así: La flaca resolvió matar una vaca y vender la carne como y donde se pudiera, es decir, en el Paraguay o en la Argentina, o en las dos partes. Claro, la flaca carneó, y la gorda la denunció.

La noche de la faena los marineros estuvieron escondidos entre los yuyos de la costa argentina, donde atraparon muchos mosquitos y sabandijas. Por la mañana siguiente apresaron una piragua, portadora de unos pocos kilos de yerba para uso personal, y se fueron. Pero no del todo. Regresaron sigilosamente y volvieron a internarse entre los yuyos. Pasaron algunas horas. La costa parecía desierta, no había moros en la costa. Era el momento oportuno. La flaca iba a caer, mansita; y la gorda enrojecía de júbilo. De pronto, del puerto de la flaca zarpó una canoa, vacilante, cargada, y emprendió la travesía hacia la orilla opuesta. Ya iba llegando, ya se salvaba, cuando salió no se sabe de donde un huaviró con tres marineros que paleaban a más no poder hacia la canoa contrabandista. "¡Alto!" La gorda, desde la orilla paraguaya, observaba la escena y sudaba de alegría. Los marineros revisaron la carga: ¡bolsas infladas con armazones de alambre! ¿Qué hacer? La policía, descubierta, jamás conseguiría su propósito. Entonces los marineros simularon una nueva retirada, y

arrastrados por la corriente se fueron agua abajo.

Creo que fué precisamente en esa media hora cuando la res pasó a costa argentina. Lo que sé es que cuando los marineros volvieron, esta vez por tierra, la carne estaba casi toda vendida.

BARCOS VERSUS IDEM

El barco "Bermejo", de la Compañía Mihanovich, como todos saben (¡no era para menos!), se almorzó la lancha "María Elena" en una noche de niebla. Y el "Guayra", también de Mihanovich, se le fué por el lado flaco a la lancha "Juan Carlos" y la dejó panza arriba. Ahora bien; el asunto no tenía mayor importancia que la que debe concedérsele a un accidente marítimo; pues no podemos creer que se trate de asesinatos consumados con premeditación y alevosía. Pero la imaginación subtropical de estas tierras guió los razonamientos hacia donde a ella le gusta, y atando cabos encontró cosas estupendas (¡Y no era para menos!) Los dos accidentes se suceden con un intervalo de pocos días. Los dos asesinos son de Mihanovich; los muertos no. Y unido a esto se corre la voz de que los barcos de esa compañía tienen la consigna de no socorrer ni admitir ser socorridos en ninguna circunstancia, cosa beneficiosa para ellos, porque ellos, como son los fuertes, necesitan menos de los otros que los otros de ellos. Así que esto añadido a los últimos sucesos produjo el convencimiento de que los tales barcos quieren dejar el Alto Paraná desierto de competidores.

Para complicar el asunto, una de las lanchas ahogadas era paraguaya. Y ya sabemos cómo son los

paraguayos: tiros y machetazos. Apareció un buque de guerra, que aunque parecía pesquero, era nomás de guerra porque tenía el color plomo de los buques de guerra y ostentaba una ametralladora en proa. Y se puso a recorrer el río con aire amenazador. En seguida se presentó un segundo buque de guerra paraguayo, pero colorado y disfrazado de lancha carguera, aunque mucho más bélico que el otro, porque hacía sonar la costa con sus tiros, y así, tirando tiros y más tiros, se perdió hacia el norte. Había ambiente de camorra; la cosa estaba que ardía. En eso remontó el río el "Capitán Salvado", barco argentino, y llenó el ámbito de estampidos y de olor a pólvora. Era la guerra, no cabía duda.

Pero a la postre... "requirieron los fusiles, se miraron de soslayo, fuéronse... y no hubo nada".

NOBLEZA SUIZA

Esto que voy a decir lo apunto como curiosidad y nada más; no se me atribuyan intenciones subterráneas, pues yo suelo no tener pelos en la lengua, lo que iustamente me ha valido la enemistad de muchos. Y debo decir que entre esos muchos se encuentran, en gran mayoría, los marqueses, los condes y los barones que ahora me ocupan.

¿No ha notado, el habitante de Misiones, que todos los suizos, absolutamente todos, son por lo menos condes? Pero esto no es nada; bien podría la mala casualidad haberlos hecho coincidir aquí a todos. Lo raro, lo curioso, es que tantos nobles hayan salido del primer país democrático de la Vieja Europa, y que sólo de allí salgan. Hace seiscientos

años que la Confederación Helvética extirpó el feudalismo, y con ello, por supuesto, los nobles. ¡Cómo duran los títulos en la democracia! Sucede como con los judíos entre los cristianos.

Pero hay otra cosa. A juzgar por el porcentaje de "nobles" entre los suizos está bien claro que en los tiempos feudales había un solo labrador para pagar tributo a diez señores, o diez señores que vivían a costillas de un solo labrador. ¿Cómo se entiende cosa tal?

Y es esta inocente perplejidad lo que me vale el noble rencor de la nobleza suiza. Recuerdo que uno se me enojó porque le pregunté si en Misiones era más fácil que en Suiza eso de ser "noble". Y otro se puso furioso porque afirmé, imprudentemente, que no era lo mismo ser "noble" que ser noble. Entonces, aleccionado ya, no me atreví a preguntar a nadie si es cierto que los famosos "mercenarios" eran también asaltantes de títulos, y si la conocida frase: "pas d'argent, pas de suisse", es exacta o no. ¡Es tan cosquillosa esta gente!

FLORES

A veces la Naturaleza se divierte con la lógica y nos presenta casos aparentemente absurdos. Uno es éste: En Misiones el clima es tan favorable a la vegetación y la tierra es tan fértil que hasta se podría creer que aquí se verifica la generación espontánea. Toda planta crece y fructifica más pronto que en cualquier otra parte. Pero las flores no. Las flores de Misiones son ridículas. Son minúsculas, raquíticas, descoloridas, inodoras. ¿Qué hacen que no aprovechan para desarrollarse y pavonearse el maravilloso medio ambiente en que viven? En los



climas fríos y donde la tierra es pobre, es decir, donde la vida es difícil, como en los campos incultos de Suiza o de Noruega, apenas la nieve se derrite, las flores cubren el suelo. ¡Y qué flores! ¡Esas son flores! Se me dirá que la milenaria cultura de aquellos países nórdicos ya ha tenido tiempo y ánimo para aclimatar y cultivar cuanto cosa quiso. Pero no es así. ¿Es acaso la mano del hombre la que ha ido a plantar el edelweis sobre los abismos de los Alpes ¿Alguien ha sembrado de flores los campos de Suiza, Alemania y Escandinavia? Allá parece que las flores tienden a agrandarse. Aquí, en el país de la vegetación parece que se achican cada vez más. Anda en Misiones una rosa silvestre, la que seguramente en sus buenos tiempos de recién llegada fué grande y hermosa, pero que hoy, en decadencia, presenta un aspecto lamentable. Y así siempre; las flores de plantas importadas degeneran, en cambio las plantas mejoran en forma y desarrollo.

La razón de todo esto no puede ser otra que la siguiente: Sabido es que la flor es el órgano de reproducción de las plantas (salvo en las criptógamas, que no tienen flor. Helechos); y es por medio de los insectos que se realiza la polenización de las flores, es decir, la fecundación de las semillas. Pero en las regiones frías los insectos escasean, por lo cual la reproducción es difícil y el instinto de conservación de la especie entabla entre las plantas una lucha de vida o muerte, una competencia tremenda. Cada planta entonces, tiende a desarrollar sus flores lo más posible y en todo sentido; cada especie trata de atraer hacia sí a los insectos; y de esta manera la flor evoluciona hacia un mayor colorido y un perfume más potente.

En cambio, entre nuestras plantas no hay competencia. El suelo en que viven se excede casi en materias orgánicas, es un humus de primer orden, y los insectos polinizadores sobran. ¿Para qué esforzarse, pues, en atraerlos? Y así, las flores, casi innecesarias, las que no se estacionan retrogradan.

PEONES

Alguna vez en la vida me ha ocurrido entrar en un cuarto oscuro, querer encender la lámpara a kerosene, y ¡zas! quemarme los dedos en el tubo. También una vez me senté confiado en una linda silla, y me dí contra el suelo porque le faltaba una pata. No quiero decir con esto que chascos semejantes acaecen a los tontos, que no ven más allá de sus narices y que son incapaces de prever lo inesperado; me defenderé afirmando que la mala costumbre de mirar primero lo bueno que lo malo da oportunidad a lo malo para que se nos venga encima. Se me dirá que precisamente eso de mirar primero lo bueno que lo malo es cosa de tontos. Pero contestaré que si optáramos por mirar de la manera contraria, si miráramos siempre primero lo malo de todas las cosas, no nos quedaría tiempo para ver lo bueno, y nuestra aguda suspicacia nos rodearía de un panorama tan feo, tan feo, que la vida dentro de él no valdría la pena de vivirla. Seguramente se me podrá replicar, y yo mismo podría sugerir a mi imaginario contrincante todas las respuestas, réplicas y contestaciones tanto o más lógicas que los argumentos que se me ocurrieran para defender mi tesis; y así no terminaría esta discusión conmigo mismo, y correría el peligro de terminar convenciéndome de que yo no tengo razón.

Pero lo que quiero decir es otra cosa, la que nada tiene que ver con la anterior demostración de que a fuerza de hablar mucho se puede llegar a no decir nada.

En fin, se trata de esto: Los peones del campamento de la Comisión de Estudios Ruta 12, (camino de Posadas a Puerto Aguirre), comían de la comida de los técnicos, el estado mayor. Bifes a caballo con papas fritas, lenguas en conserva, duraznos en conserva, café con leche condensada. El campamento estaba en Tabay. El ingeniero jefe se había oído a Posadas. Los ayudantes técnicos esperaban provisiones y dinero. Aquellas y éste tardaban en llegar. Había, sin embargo, que trasladarse al puente del Cuñapirú. Todo fué cargado en un camión; instrumentos, bártulos y peones; y se fueron. Los técnicos irían al día siguiente. Y al día siguiente fueron; pero de a pie. Diez kilómetros. Llegaron al nuevo campamento, con hambre. Pero la provista del estado mayor se había concluído. Y los peones hacían rueda a una olla hirviente que despedía un riquísimo olor a "yopará". Un relámpago de esperanza alegró el estómago de los técnicos. El dibujante Ciliberto dijo, mirando el aire:

—¡Cómo tarda en llegar nuestra provista!...

Y el ayudante Bosco lo ayudó:

—¡Qué hambre me dió la caminata!

Hubo un silencio incómodo. Los peones miraron el suelo. A Ciliberto le quedaban cuarenta centavos en el bolsillo; Bosco, buscó mucho en los suyos y encontró 0.10. Con eso ya podían comprar un poco de pan y fiambre. Pero Mineral, el punto más próximo, quedaba a varios kilómetros del lugar; y ese día era domingo, los peones estaban libres; era necesario ir uno mismo, y de a pie otra vez...

—¿Podremos comer algo con cincuenta centavos?

—Sí, pero ¡qué caminata!...

Entonces un peón retiró la olla del fuego y la guardó en un rincón.

Y el mate comenzó a circular por tercera vez. Hasta que el "yopará" se enfrió en la olla.

Ciliberto y Bosco se encaminaron a Mineral para comprar cincuenta centavos de pan y mortadela. Y los peones recalentaron el "yopará" y se dieron un banquete.

FRAGMENTO DE DIARIO

.....

Ya está la línea trazada y mensurada hasta el arroyo Caruapé, pero no podemos continuar los trabajos porque el campamento ha quedado demasiado lejos: 5 kilómetros. Urgía encontrar un paso, un vado, para trasladar el campamento y seguir adelante mientras nivelamos lo poco que falta. Y ayer de madrugada salí con tres peones a hacer el reconocimiento del Caruapé.

Este arroyo corre, en su línea general, de sud a norte. Nuestra línea lo cruzaba a unos 6 kilómetros del Paraná. Y quise comenzar la exploración, aprovechando una vieja picada de obraje que me acercaba al Caruapé a unos dos kilómetros del Paraná, desde donde recorrería la costa de norte a sud, hasta la intersección con nuestra línea. Un trayecto de poco más o menos cuatro leguas. A las dos o las tres de la tarde estaríamos de vuelta.

Partimos al alba. Los peones llevaban tabaco para mascar y revólver por miedo a los tigres; yo de-

jé en la carpa, expresamente, cigarrillos y fósforos; el tabaco me hace mucho daño, sobre todo si fumo por la mañana. Entramos por la vieja picada de obraje, la que estaba más sucia de lo que esperábamos; y llegamos al Caruapé más tarde de lo que creíamos. Alguien había pasado por ahí poco antes que nosotros; cortes de machete a lo largo de la costa lo indicaba. Algún pescador o cazador, sin duda.

En ese punto, el arroyo doblaba a la izquierda en ángulo recto, es decir, hacia el este. Sería una sinuosidad cualquiera. Seguimos muy tranquilos. Más adelante encontramos restos de leña todavía humeante, algunas cabezas de pescados alrededor, restos de papeles, una lata de sardinas, un rollito de chalas para cigarrillos y una caja de fósforos. Así que tuve que fumar aunque no quería.

Continuamos andando, siempre hacia el este. Y anduvimos tres y cuatro kilómetros en la misma dirección. Era inquietante este alejamiento, pero más lejos podría resultar retroceder. Y seguimos caminando, caminando, caminando. Por fin un ángulo recto nos enderezó hacia el sur. Pero así no podíamos continuar, porque allí, el arroyo, si bien lo remontábamos de norte a sur, quedaba demasiados kilómetros al este de donde lo habíamos cruzado con la línea del camino trazado. Sin embargo tuvimos que andar mucho. Sentimos hambre. Por suerte había yacutingas, y un peón mató una. Y, con los fósforos hallados por casualidad, hicimos fuego y la asamos sin sal. Serían las cuatro de la tarde.

Continuamos andando. Aquello era andar y andar, a través de matorrales imposibles, y siempre en dirección absurda. Yo ya no sabía dónde diablos nos encontrábamos, y los peones comenzaron a

asustarse. El cauce dobló al oeste. Comenzamos a correr casi. Mi gente ya no macheteaba; penetraba en la maleza a fuerza de brazo, a lo indio. El calor era insoportable y el sudor escocía los ojos. Cuando encontrábamos uno de los tantos saltos de ese accidentado arroyo, nos zambullíamos con ropa y todo. Era preferible estar mojados con agua fresca y limpia que con sudor. En cuanto nos deteníamos nos picaban los tábanos y los barigüies, y las abejitas mirí nos cubrían las manos y la cara. Ya estábamos muy cansados de tanto andar y se acercaba la noche. Por suerte pudimos cazar, a tiros de revólver, dos yacutingas; y acampamos sobre un planchón de piedra junto a un salto; el monte estaba lleno de garrapatas.

Encendimos fuego, asamos y comimos las yacutingas, que nos parecieron riquísimas, y nos tendimos sobre las piedras. Yo me dormí en seguida. Pero la cama era dura, y el dolor de los huesos no me dejaba dormir bien. Y cada vez que me despertaba veía, a la luz vacilante del fuego, a uno de los peones, sentado, con las piernas cruzadas, revólver en mano, y con los ojos muy abiertos escudriñando el monte. A pesar del cansancio no se dormían por miedo a los tigres. En eso silbó un tapir a pocos metros de nosotros, y tres revólveres se levantaron simultáneamente; pero no se vió nada; la noche era muy negra y nuestra luz muy débil. El tremendo ruido del salto cubría muchos otros ruidos que quizás nos hubieran asustado.

Por la mañana nos levantamos cansados, doloridos y hambrientos. Y caminamos hasta que pudimos desayunar con otra yacutinga. Después reemprendimos la marcha por la orilla de ese arroyo

que doblaba en todas direcciones menos hacia donde queríamos. Y caminamos y caminamos.

A las cuatro de la tarde encontramos nuestra línea, y hace un rato, ya de noche, llegamos al campamento, más muertos que vivos. Sólo han quedado aquí el dibujante y el cocinero. Estos me cuentan que, alarmados por nuestra tardanza, el compañero Bosco y los peones restantes salieron esta mañana tras nuestros rastros con el propósito de no regresar hasta no hallarnos.

—¿Llevan fósforos? — pregunté.

—Sí.

Esto me tranquilizó. Caminarán y rabiarán mucho, comerán yacutingas, se llenarán de garrapatas, dormirán en las piedras, sudarán como nunca... y estarán aquí mañana a la noche.

.....

DESIERTO

Es indudable que si cien hombres se instalan en un desierto, el lugar del desierto que ellos ocupan deja de ser desierto; por lo tanto, ya no están en el desierto. Pero si el hombre que está es uno solo, estará en el desierto; y lo mismo ocurrirá si los hombres son dos o tres o cuatro. Ahora bien; si aumentamos de uno en uno el número de hombres que ocupan un lugar desierto, ¿cuándo este lugar desierto dejará de ser desierto? La cuestión es elástica, susceptible de muy diferentes apreciaciones; es lo mismo que si se nos exigiese formar en algún punto un montón de piedras colocándolas una por una, ¿en qué momento el cúmulo de piedras pasará a ser *montón*? El lector me dirá que seis piedras

son ya un montón; yo afirmaré que recién diez piedras merecen el nombre de montón; pero vendrá un tercero y asegurará que cualquier número de piedras es un montón siempre que la cantidad de unidades sea desconocida. Sin embargo, tal solución no soluciona la situación de los hombres en el desierto, porque aquí intervienen muchos factores que no asisten a las piedras. Pero, no compliquemos. El placer que puedo sentir al hundirme en un profundísimo problema de marcada inutilidad práctica ha de producir, de seguro, un serio y peligroso disgusto en el lector. Así que abandono.

Voy a decir, a pesar de todo, que en el pequeño (¡viva Einstein!) territorio de Misiones hay un montón de hombres que están en el desierto. Andando por los montes del interior se los encuentra. Todos juntos valdrían y pesarían mucho más que Posadas, la gran capital del territorio. Pero las distancias que los separan entre sí los mantienen virtualmente en el desierto, en ese enorme vacío lleno de bosque y de bichos y de otros hombres que casi no lo son.

Esas personas cultas a que me refiero, que viven aisladas, sin ningún estímulo, esterilizándose, desperdiciando su saber y malogrando su inteligencia, son verdaderos valores que se pierden; y se pierden porque fueron los primeros. En el asalto a una fortaleza siempre muere la vanguardia. Y el botín de la conquista será para los que vengan después.

Pero no los magnifiquemos y tampoco les tengamos compasión: no son ni héroes ni mártires. El intelectual o el sabio confinado en los montes de Misiones, está aquí porque quiere y porque le gusta. Este es un hombre que no se siente alejado del mundo, es el mundo lo que está lejos de él. Carece

de ideales mundanos; no le satisface la admiración de los mediocres. Es extremista; o Cesar o nadie. Ama la luz, las selvas, los ríos y la libertad; detesta el reloj. Es a veces un político o un filósofo que aspira y se prepara a modificar el mundo; es otras veces una inteligencia fracasada por exceso de rebeldía. Pero siempre es feliz; porque ama la Creación de Dios más que la creación del hombre. Y así, la selva de Misiones es un desierto bien habitado.

CURIOSIDADES (1)

Lugares de turismo son aquellos donde el turista puede encontrar lo que no hay en ninguna otra parte del mundo, y Misiones, en este sentido, es sin duda un punto privilegiado. No hablemos ya de las cataratas del Yguazú, cosa vieja y gastada, demasiado fotografiada, muy conocida, aunque poco vista. Tenemos también las ruinas jesuíticas de San Ignacio, de Corpus, de Loreto y de Candelaria, menos vistas aún; pero tan fotografiadas las de San Ignacio como las cataratas. Y eso no es nada; hay cosas en Misiones, si no mejores que las dichas, por lo menos tan buenas y pintorescas. ¿En qué otra parte del mundo, por ejemplo, podrá verse una plantación de dos mil hectáreas de yerba mate, como la de Puerto Bemberg? ¿Y no resulta curioso ver una plantación de yerba en las calles de un municipio, como ocurre con la yerba de Martín & Cía. en San Ignacio? Y San Ignacio no tiene solamente sus famosas ruinas y sus plantaciones en las calles, sino cosas más pintorescas aún. Ahí está la barba de Horacio Quiroga y el escritor dentro de ella como encerrado en su gloria. ¿Que no es pin-

(1) 1937

toresco Horacio Quiroga? Hay que ir a verlo. Semidesnudo (cuando no hace frío), con sólo una visera bajo el sol más ardiente, maniobra todo día con sus motores que no quieren andar, con sus pandorgas que no quieren volar, con sus plantas, con sus hormigas, y con sus ochenta mil tachitos llenos de pinturas, de clavos y de otras cosas; y sólo Dios y yo conocemos la finalidad de todo eso: "Para ir al hoyo sin sentir", me dijo una vez él mismo. Ahí está el espectáculo de Káner arengando al proletariado, y el pintor Giambiagi enseñándole a leer y firmar. Káner entusiasma a su gente y forma un partido comunista. ¿No es pintoresco un "partido comunista:" en estas tierras de mandiocas, de batatas, de bananas, de plantaciones en las calles y de libertades ilimitadas? Káner se da cuenta de ello, trueca el "comunismo" por la "alianza obrera" y se lanza contra la empresa Martín & Cía. y contra sus plantaciones en la calle. Pero, a Decoppé (administrador de las calles plantadas y del resto) se le erizan los bigotes, echa mano a la millonaria cartera de la empresa, mide a los contrarios, y compra los votos a \$ 6 ó a \$ 10 por cabeza, según la cabeza, y gana las elecciones y las calles plantadas. Entonces Káner, furioso reúne por última vez a los suyos y les grita: "¡Vendidos!" Y no hay nadie que le diga a Káner que no hay hombre que no se venda, la cuestión es saber el precio. Los hombres de Káner valen de seis a diez pesos. En las próximas elecciones quizá valgan de 15 a 20 pesos, porque habrán aprendido ya a leer y a firmar; pero nunca valdrán más, y eso es poco para Decoppé. Hay una sola cosa que puede contra el capital: la educación. Pero la educación se adquiere en la niñez o después de un largo

e intenso sufrir, no en dos días como lo pretende Kaner; y Misiones es un paraíso terrenal comparado a la Rusia de los zares.

¡Caramba! Me desvié del asunto principal que era la propaganda por el turismo en Misiones. Otro día será.

DON JUAN PABLO PALACIOS Y LA BREGA YERBATERA

A los que llegamos nos parece siempre que ya no es tiempo de hazañas. Hasta Napoleón pensó así en su juventud. Y lo mismo habrá creído, seguramente, este "pionero" de la industria yerbatera, don Juan Pablo Palacios, cuando llegó al punto elegido abriéndose camino por tacuarembosales impenetrables espantando a los yaguaretés. Pero él entró de los primeros, y no en auto sino a pie, en este enmarañado territorio de Misiones, donde hoy el comercio, los camiones y las carreteras han acabado realmente con los tiempos heroicos. De estos lugares, naturalmente. Porque todavía queda todo el norte para correrías por selvas vírgenes y para que realicen nuevas hazañas otros civilizadores. Pero hablamos de la extensa región de San Ignacio, a 80 kilómetros de Posadas, donde Palacios borró bosques, abrió caminos, plantó cientos de hectáreas de yerba mate, levantó edificios y pobló un trozo de desierto. Después, por lo despejado, entraron otros y otros que fueron más lejos. Y es así como se agranda un país.

—En aquel tiempo — nos dice Palacios — construcciones de material, en San Ignacio, sólo había tres... y las ruinas jesuíticas.

—¿Caminos?

—El Paraná. Mis hermanos y yo, acompañados por don Pablo Allain, fuimos los primeros que cometieron la locura de largarse en auto de aquí a Posadas.

—¿Ambiente?

—Con esto le diré todo: Estaban aquí Gramajo, Lagier, Beasley, Horacio Quiroga, Hanter, Krüger, Maintzhusen, Leiva Kitabgi, Allain, Lanusse, y otros que aportaron calidad.

Luego Palacios me cuenta su historia yerbatera. Resumiendo, fué así: La primera plantación en Misiones perteneció a Martín, y fué plantada por Pablo Allain, en 1903. Trescientas hectáreas bajo monte. Después plantaron Anacleto Aparicio y Pedro Núñez. En 1910 se formó la Sociedad Anónima "La Plantadora de Yerba Mate", la que dos años más tarde plantó 60 hectáreas. Hoy 60 hectáreas es poca cosa, pero en aquellos tiempos eran palabras mayores.

Fué entonces, en 1912, cuando llegó don Juan Pablo Palacios y midió en Misiones con la larga vara con que acostumbraba a medir en Venezuela, su tierra natal. Y en 1913 compró 300.000 plantas de almácigo. Felizmente encontró estos almácigos a pocas leguas del lugar:: en la chacra experimental de Loreto, cuyo director era Wilhelm Preingender. Se hizo el acarreo de noche y a lomo de mula. Y al año siguiente plantó 200.000 plantitas en lugar definitivo, bajo monte. En 1915 lo plantado en lugar definitivo alcanzó la cifra de 760.000, y se hizo un vivero de 800 000 plantas y un almácigo.

Pero estos almácigos fueron atacados por una enfermedad que los mataba de a' metros cuadrados. Se pidió ayuda al Ministerio de Agricultura. La peste era desconocida. Y el Ministerio hizo lo que

puño. Es decir, nada. Y de repente los almácigos se curaron sin intervención de técnicos extraños. Era un hongo que los destruía, debido a la excesiva humedad, y fué preciso crear un techo corredizo. También los viveros se vieron atacados por pestes misteriosas, pero fueron al fin igualmente salvados.

En 1916 Juan Pablo Palacios estaba cansado de esperar que las plantas crecieran. La sombra del monte no les permitía desarrollarse con la rapidez exigida por el capital empleado. Entonces cortó unas 20.000 plantas casi a ras de tierra y volteó el monte sobre ellas. Don Pablo Allain contemplaba aquello horrorizado. Pero pronto se vió resurgir ese ejército de plantas, y poco después el aire libre y el sol producían la exuberancia en esas dos hectáreas experimentales.

En vista del éxito, al año siguiente fué volteado el resto: 750 hectáreas. Y en 1918 Pablo Allain también volteó todo el monte de su plantación. Así empezó la forma de cultivo que hoy se usa en todas partes.

En 1920 la arroba de yerba valía de 4 á 5 pesos, precios que parecían muy buenos. Y luego la revolución brasileña de 1923 cortó la importación de ese país, y el precio se elevó a \$ 7. Entonces Misiones empezó a desbordar de entusiasmo; comenzaron a surgir plantas de yerba por todos los rincones; afluían capitales, y todos los colonos, grandes y chicos, plantaban y plantaban. Pablo Allain, en 1924, plantó dos millones de plantas en Puerto Bemberg. El porvenir de Misiones parecía brillante. Las primeras cosechas produjeron ganancias increíbles.

Pero cuando las plantaciones alcanzaron el apogeo de su desarrollo y rendimiento, comenzó la ba-

ja. Fué en 1929. Y desde entonces bajó hasta 1932, momento en que valió la arroba nada más que \$ 1,20. Hoy vale \$ 2,50 y esta cotización parece tener carácter definitivo. Así que se acabó Misiones como productor de oro verde. Ciertamente, siempre producirá yerba, pero la yerba ya no es oro ni podrá serlo más. Hay plantadas 40.000.000 de plantas; y una cosecha total daría, a 3 kilos por planta, 120 millones de kilos; y la Argentina consume, anualmente, sólo 100 millones.

Como se ve, ya no es tiempo de hazañas; los héroes ya no vendrán por aquí, porque nadie gasta esfuerzos sin esperanzas de recompensa. Quizá más adelante, cuando se descubra otro filón, algún producto más universal que la yerba. Por ahora se piensa en las naranjas, y tímidamente están apareciendo algunos naranjales. Tal vez esto salve a Misiones.

Pero aquellos bravos "pioners" de la brega yerbatera se están retirando uno a uno. Hoy se va don Juan Pablo Palacios, como se fueron otros; quizá un poco cansado por los años de lucha, y también entristecido, porque la coronación de sus esfuerzos no fué lo que merecía. Quedan con nosotros, colonos de la generación que encontró todo hecho y terminado, el simpático recuerdo de la elegante y alta figura de este descendiente directo del gran Bolívar, de su espíritu caballeresco y de su ejemplo como hombre de trabajo. Y queda en estas tierras su nombre en puertos, colonias y yerbales como claro exponente de la fuerza de su acción.

LA SOLUCION YERBATERA

En este año (1938), quizá debido a las manchas solares, o a los eclipses, (¡vaya uno a saber!), no hay cosa que no se preste a conflictos y éstos aparecen por todas partes. El mundo está que arde. Ya sabemos que Europa es una vieja histérica que anda con ganas de desaparecer, y sabemos que el Extremo Oriente es la madriguera del género Félido del orden de los Primates. Pero no sabíamos que ese lado enfermo del mundo (enfermedad natural de la senectud y que se llama "decadencia de la civilización") contaminara a distancia y con tanta virulencia los puntos débiles de este otro lado del globo, lado que constituye una hermosa esperanza como cultura básica para una civilización grandiosa. Norte América está preparándose para intervenir a balazos en el mar revuelto del Atlántico o en el del Pacífico, según le convenga; Tacna y Arica están siempre echando humo; Perú y Ecuador ya se están mordiendo; Paraguay y Bolivia quieren otra vez agarrarse a machetazos: en Brasil y en Buenos Aires están dando garrotazos a los hitleristas; España se está suicidando, etc., etc., y conflictos menores los hay a la vuelta de cada esquina. Pero no importa que provengan del sol o de los eclipses. Están aquí los conflictos; y están para que nos ocupemos de ellos. De lo contrario, quizá no habría conflictos.

Quiero ocuparme ahora del más local de todos, que es, para nosotros, el de consecuencias inmediatas: la yerba (el pan de Misiones) y la restricción de su cosecha. Está más claro que agua filtrada éso de que el Gobierno tenga todo

lo que está pasando, (a pesar de las manchas solares). La desmedida preconización del cultivo del Ilex es obra del Poder Ejecutivo, y, por lo tanto, él es el único responsable de todas las consecuencias. (Recuerdo que hace algunos años la Oficina de Tierras exigía la plantación de yerba mate al ocupante de tierras fiscales). Entonces, no cabe ninguna solución que contemple las exigencias del Brasil en perjuicio del yerbatero argentino (nacido por voluntad de la Nación misma). Esta determinación de restringir la cosecha en un 40 % es sin duda una medida de emergencia tomada con excesiva precipitación, y no podrá tener nunca el carácter de solución definitiva.

It is the question: la solución definitiva. Y yo creo haberla encontrado, nada menos. Hela aquí:

Al mejor de los quesos colocado en un escaparate tras el vidrio, nadie le siente el olor y nadie lo compra. Cuando un buen comerciante quiere ganar mucho dinero con algún producto de su invención, gasta más de la mitad de su capital en propaganda; al principio pierde; después gana enormemente. Los norteamericanos saben esto, y así se han hecho millonarios. Nosotros, ¿no lo sabemos?

La yerba mate, debido a sus propiedades estimulantes y excitantes, por su "mateína", y a su acción verdaderamente benéfica, por las vitaminas que contiene, se convierte en seguida en vicio. Todos los europeos que se establecen en la campaña argentina, ya sea al norte o al sur, adoptan el mate. En Europa no todo es ciudad; allá, como aquí, también hay campos; y en ellos hay mucha gente que vive en la nieve, sin nada que hacer, espe-

rando la primavera, sin saber que, mientras tanto, podría tomar mate para amenizar sus forzosas reuniones familiares y vecinales, calentarse el cuerpo y activar la función cerebral. Son millones y millones las personas que ignoran el mate y que lo adoptarían fácilmente.

El Gobierno argentino debe comprar el excedente de la yerba que se produce en el país, esto es, el 40 % que hoy se hace perder al productor, y organizar un vasto plan de propaganda universal. Esta propaganda debe llegar especialmente a la campaña de los países del norte de Europa; es fácil llevarla a cabo por medio de las Cámaras de Comercio argentinas diseminadas por allá, y de enviados especiales que se dediquen personalmente a introducir el mate con bombilla en las casas rurales (una casa por aldea basta, el mate se contagia). El Brasil se asociaría seguramente en esta campaña de propaganda. Se gastaría mucho, no hay duda, pero el resultado pagaría con creces. En poco tiempo la yerba se convertiría en producto de exportación, y tendríamos que plantar miles de hectáreas más.

Y entonces sí, el Gobierno habría realizado una obra patriótica.

F I N

Material digitalizado en el marco del Convenio firmado el 5 de Octubre del 2012, entre la Biblioteca Pública De Las Misiones - Centro del Conocimiento y la Biblioteca Popular Posadas, exclusivamente con fines educativos y de investigación.



I N D I C E

	<i>Pág.</i>
Alto Paraná	5
Mi esposa imaginaria	11
El gato barcino	37
Las orquídeas	45
Chilín y yo	49
¡Vida e' perros!	53
La 58	57
Old Tom Gin y Whisky	67
Una enfermedad terrible	77

APUNTES DEL ALTO PARANA

El tigre	89
Horacio Quiroga y el ananás	90
La leyenda del Tuyucuaré	92
El fantasma	94
Tragedia	96
El barril	97
El perro muerto	99
Discusión	101
Naranjero	102
Contrabando	104
Barcos, versus, ídem	106
Nobleza suiza	107
Flores	108
Peones	110
Fragmento de diario	112
Desierto	115
Curiosidades	117
Don Juan Pablo Palacios y la brega yerbatera	119
La solución yerbatera	123



ESTE LIBRO SE TERMINO
DE IMPRIMIR EN LOS TA-
LLERES GRAFICOS DE LA
EDITORIAL TOR EL DIA
28 DEL MES DE ABRIL
DEL AÑO MIL NOVECIE-
NTOS TREINTA Y NUEVE

Material digitalizado en el marco del Convenio firmado el 5 de Octubre del 2012, entre la Biblioteca Pública De Las Misiones - Centro del Conocimiento y la Biblioteca Popular Posadas, exclusivamente con fines educativos y de investigación.





Material digitalizado en el marco del Convenio firmado el 5 de Octubre del 2012, entre la Biblioteca Pública De Las Misiones - Centro del Conocimiento y la Biblioteca Popular Posadas, exclusivamente con fines educativos y de investigación.



BIBLIOTECA PÚBLICA
De Las Misiones

Material digitalizado en el marco del Convenio firmado el 5 de Octubre del 2012, entre la Biblioteca Pública De Las Misiones - Centro del Conocimiento y la Biblioteca Popular Posadas, exclusivamente con fines educativos y de investigación.



Material digitalizado en el marco del Convenio firmado el 5 de Octubre del 2012, entre la Biblioteca Pública De Las Misiones - Centro del Conocimiento y la Biblioteca Popular Posadas, exclusivamente con fines educativos y de investigación.



Material digitalizado en el marco del Convenio firmado el 5 de Octubre del 2012, entre la Biblioteca Pública De Las Misiones - Centro del Conocimiento y la Biblioteca Popular Posadas, exclusivamente con fines educativos y de investigación.



